

CELESTINA



de

Fernando de Rojas

versión y adaptación libre de

José María Ruano de la Haza

© 2004 by José María Ruano de la Haza

CELESTINA

fue estrenada en el

Teatro Apolo

de Almería

el sábado 20 de marzo de 2004

con el siguiente reparto:

Celestina	Amaya Curieses
Melibea	Eva Rufo
Calisto	Javier García
Sempronio	David Sánchez
Voz de Pleberio	Paco Hernández
Dirección y puesta en escena	José Maya
Diseño de iluminación	José Miguel López Sáez
Diseño de vestuario	María Luisa Engel
Música en directo	Toni Mádigan
Grabación	Mariano Díaz
Diseño gráfico	Gara Koan
Producción	Teatro Pavón, S. L.
Adjunto escenografía	Javier Roselló
Realización vestuario	Vicenta Rodríguez
Ayudante de dirección	José Ángel Navarro

Fotos del montaje de Zampanó Teatro





CELESTINA

fue estrenada en un nuevo montaje en el

Teatro de la Universidad Católica

de Santiago de Chile

el viernes 8 de abril de 2005

con el siguiente reparto:

Celestina	Sara Pantoja
Melibea	Valentina Mürh
Calisto	Álvaro Viguera
Sempronio	Roberto Farías
Sosia	Daniel Gallo
Dirección	Macarena Baeza
Escenografía y vestuario	Jorge “Chino” González
Iluminación	Ramón López
Creación musical	Carlos Espinoza
Producción	Guillermo Murua
Coreografías	Paulina Mellado
Asistente de dirección	Mario Costa
Vídeo	Verónica Barraza, Alexander Tupper
Fotografía	Rodrigo Araneda

Fotos del montaje de la Universidad de Santiago de Chile



Prólogo

VOZ DE PLEBERIO.—¡Ah, mi gozo en el pozo! La que yo engendré, hecha pedazos. Más dignos eran mis sesenta años de la sepultura que sus veinte. Se turbó la orden del morir. Mejor gozara de mis canas la tierra que de sus rubios cabellos. ¿Para quién edificué torres? ¿Para quién adquirí honras? ¿Para quién planté árboles? ¿Para quién fabriqué navíos? ¡Oh mundo, yo pensaba en mi más tierna edad que eras y eran tus hechos regidos por algún orden, pero ahora me pareces un laberinto de errores, un juego de hombres que andan en corro! Nos cebas con el manjar de tus deleites y al mejor sabor nos descubres el anzuelo. Prometes mucho, nada cumples. ¡Oh hija mía!, ¿que haré cuando entre en tu cámara y la halle sola? ¿Qué haré cuando no me respondas si te llamo? ¡Oh amor, que no pensé que tenías fuerza ni poder de matar a tus sujetos! Herida fue de ti mi juventud. Por medio de tus brasas pasé. ¿Cómo me soltaste? Bien pensé que de tus lazos me había librado cuando los cuarenta años cumplí. No pensé que tomabas en los hijos la venganza de los padres. ¿Quién te dio tanto poder? ¿Quién te puso nombre que no te conviene? Si amor fueses, amarías a tus sirvientes. Pero tú eres la causa de todas nuestras desgracias. Dulce nombre te dieron, amargos hechos haces. Dios te llamaron algunos, pero Dios mata a los que crío y tú matas a los que te siguen. ¡Oh mi hija despedazada! ¿Por qué no quisiste que estorbase tu muerte? ¿Por qué no tuviste lástima de tu querida y amada madre? ¿Por qué te mostraste tan cruel con tu viejo padre? ¿Por qué me dejaste cuando yo te había de dejar? ¿Por qué me dejaste triste y solo en este valle de lágrimas?

Escena I

Salen Calisto y Melibea. La iluminación del escenario sugiere una iglesia.

CALISTO.—En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA.—¿En qué, Calisto?

CALISTO.—En dar poder a natura para que te dotase de tan perfecta hermosura. Y en hacerme a mí tanta merced que verte pudiese en tan conveniente lugar, donde pueda manifestarte mi secreto dolor. Sin duda incomparablemente mayor es tal galardón que el servicio, sacrificio y obras pías que tengo ofrecido a Dios. Por cierto que los gloriosos santos que se deleitan en la visión divina no gozan más que yo ahora mirándote. Aunque diferimos en esto: ellos se glorifican sin temor de caer de tal bienaventuranza y yo recelo del tormento que me ha de causar tu ausencia.

MELIBEA.—¿Por gran premio tienes esto, Calisto?

CALISTO.—Téngolo por tanto, en verdad, que si Dios me diese en el cielo una silla sobre sus santos, no lo tendría por tanta felicidad.

MELIBEA.—Pues aún más igual galardón te daré yo, si perseveras.

CALISTO.—Bienaventuradas son mis orejas, que han oído tan gran palabra.

MELIBEA.—¡Desventuradas te parecerán cuando me acabes de oír, porque la paga será tan fiera cual la merece tu loco atrevimiento y la intención de tus palabras! ¿Un hombre como tú ha de tener ingenio para hacer perder la virtud a una mujer como yo? ¡Vete, vete de ahí, torpe, que no puede mi paciencia tolerar que te hayas atrevido a comunicarme tu ilícito amor!

Oscuro.

Escena II

Sale Calisto en su cámara y luego Sempronio.

CALISTO.—¡Sempronio, Sempronio! ¿Dónde está este maldito?

SEMPRONIO.—Aquí estoy, señor, cuidando de estos caballos.

CALISTO.—Pues ¿cómo sales de la sala?

SEMPRONIO.—Se abatió el halcón gerifalte y vine a enderezarle en la percha.

CALISTO.—¡Así los diablos te ganen! ¡Anda, anda, malvado, abre la cámara y endereza la cama!

SEMPRONIO.—Señor, ya está hecho.

CALISTO.—Cierra entonces la ventana y deja que la tiniebla acompañe al triste. Mis pensamientos no son dignos de luz. Bienaventurada muerte aquella que, deseada, viene a los afligidos.

Cierra Sempronio una imaginaria ventana y se oscurece el escenario.

SEMPRONIO.—¿Qué cosa te pasa?

CALISTO.—¡Vete de ahí y no me hables!

SEMPRONIO.—Iré, pues quieres padecer tu mal solo.

CALISTO.—¡Vete con el diablo!

SEMPRONIO.—No creo que se pueda ir conmigo el que contigo se queda.

Hace gesto de marcharse pero lo detiene la voz de Calisto.

CALISTO.—¡Sempronio!

SEMPRONIO.—Señor.

CALISTO.—Dame acá el laúd.

SEMPRONIO.—Señor, vesle aquí.

CALISTO.—¿Cuál dolor puede ser tal que se iguale con mi mal?

SEMPRONIO.—Destemplado está ese laúd.

CALISTO.—¿Cómo templará el destemplado? ¿Cómo sentirá la armonía el que consigo está discorde? Mi voluntad no obedece a la razón y tengo dentro del pecho agujijones, paz y guerra, amor y enemistad, pecados y sospechas. Y todo por una única causa. Pero tañe y canta la canción más triste que sepas.

SEMPRONIO.— *(canta)* Mira Nero de Tarpeya
a Roma cómo se ardía.
Gritos dan niños y viejos
y él de nada se dolía.

CALISTO.—Mayor es mi fuego y menor mi piedad.

SEMPRONIO.— *(aparte)* No me engaño yo, que está loco mi amo.

CALISTO.—¿Qué estás murmurando, Sempronio?

SEMPRONIO.—Digo que cómo puede ser mayor el fuego que atormenta a un vivo que el que quemó tal ciudad y tanta multitud de gente.

CALISTO.—¿Cómo? Yo te lo diré: mayor es la llama que dura ochenta años que la que pasa en un día y mayor la que mata un alma que la que quema cien mil cuerpos. Como de la apariencia a la existencia, como de lo vivo a lo pintado, como de la sombra a lo real, tanta diferencia hay del fuego que dices del que me quema. Por cierto, si el del purgatorio es tal, más querría que fuese mi espíritu con los de los brutos animales que a la gloria de los santos.

SEMPRONIO.— *(aparte)* No basta loco, sino hereje.

CALISTO.—¿No te digo que hables alto cuando hablares? ¿Qué dices?

SEMPRONIO.—Digo que nunca Dios quiera tal, que es especie de herejía lo que ahora dijiste.

CALISTO.—¿Por qué?

SEMPRONIO.—Porque contradice la cristiana religión.

CALISTO.—¿Y a mí qué?

SEMPRONIO.—¿Tú no eres cristiano?

CALISTO.—¿Yo? Melibeo soy y a Melibea adoro y en Melibea creo y a Melibea amo.

SEMPRONIO.—No es menester más. Bien sé de qué pie cojeas. Yo te sanaré.

CALISTO.—Increíble cosa prometes.

SEMPRONIO.—Antes fácil. Que el comienzo de la salud es conocer la dolencia del enfermo.

CALISTO.—¿Qué te parece de mi mal?

SEMPRONIO.—Harto mal es tener la voluntad cautiva en un solo lugar.

CALISTO.—Poco sabes de firmeza.

SEMPRONIO.—La perseverancia en el mal no es constancia sino dureza. Vosotros los filósofos de Cupido llamadla como quisieréis.

CALISTO.— Tú te precias de loar a tu amiga Elicia.

SEMPRONIO.—Haz tú lo que bien digo y no lo que mal hago.

CALISTO.—¿Qué me repruebas?

SEMPRONIO.—Que sometas la dignidad del hombre a la imperfección de la flaca mujer.

CALISTO.—¿Mujer? ¡Oh grosero! ¡Dios, dios!

SEMPRONIO. ¿Y así lo crees o te burlas?

CALISTO.—¿Qué burlo? Por dios la creo, por dios la confieso y no creo que haya otro soberano en el cielo.

SEMPRONIO.—¡Ja! ¿Oístes qué blasfemia? ¿Vistes qué ceguedad?

CALISTO.—¿De qué te ríes?

SEMPRONIO.—Me río porque no pensaba que había peor invención de pecado que el de Sodoma.

CALISTO.—¿Cómo?

SEMPRONIO.—Porque aquellos procuraron gozar con los ángeles y tú, señor, quieres gozar con la que confiesas ser dios.

CALISTO.—¡Maldito seas, que me has hecho reír!

SEMPRONIO.—Pues qué, ¿toda tu vida habías de llorar?

CALISTO.—Sí.

SEMPRONIO.—¿Por qué?

CALISTO.—Porque amo a aquella, ante quien tan indigno me hallo que no la espero alcanzar.

SEMPRONIO.—¡Ah, señor! ¿Cómo es que desesperas de alcanzar una mujer, muchas de las cuales se sometieron a los pechos y resuellos de viles acemileros y otras, a brutos animales? ¿No has leído de Parsifé con el toro y de Minerva con el can?

CALISTO.—No lo creo, hablillas son.

SEMPRONIO.—Lo de tu abuela con el simio, ¿hablilla fue también? Testigo es el cuchillo de tu abuelo.

CALISTO.—¡Maldito sea este necio y qué porradas dice!

SEMPRONIO.—¿Escociote? Lee los historiales, estudia los filósofos, mira los poetas. Llenos están los libros de sus viles y malos ejemplos. Oye a Salomón donde dice que las mujeres y el vino hacen a los hombres renegar. Aconséjate con Séneca y verás en qué las tiene. Escucha a Aristóteles. Gentiles, judíos, cristianos y moros, todos en esta concordia están.

CALISTO.—Di pues, Adán, Salomón, David, Aristóteles, Virgilio y esos otros que dices, ¿cómo es que se sometieron a ellas? ¿Soy yo más que ellos?

SEMPRONIO.—Querría que remedases a los que las vencieron y no a los que de ellas fueron vencidos. Huye de sus engaños. ¿Sabes qué hacen? Cosa que es difícil entenderlas: no tienen modo, ni razón, ni intención. A los que meten por los agujeros, denuestan en la calle. Convidan y despiden, llaman y niegan; ensañanse presto y apaciguanse pronto. Esperan que adivines lo que quieren. ¡Oh qué plaga, qué enojo, qué fastidio es conferir con ellas más de aquel breve tiempo en que son aparejadas a deleite!

CALISTO.—Mientras más me dices y más inconvenientes me pones más la quiero.

SEMPRONIO.—No es este juicio para mozos, según veo, que no saben someterse a razón.

CALISTO.—¿Y tú qué sabes? ¿Quién te mostró esto?

SEMPRONIO.—¿Quién? Ellas; que desde que se descubren, pierden la vergüenza. Piensa ser más digno de lo que te reputas. Primero, porque eres hombre de claro ingenio, a quien la naturaleza dotó de los mejores bienes, conviene a saber: hermosura, gracia, grandeza de miembros, fuerza, ligereza. Y allende de esto, la fortuna partió medianamente contigo lo suyo y eres de todos amado.

CALISTO.—Pero no de Melibea. Y en todo lo que me has gloriado, Sempronio, sin proporción ni comparación, se aventaja Melibea. ¿Miras la nobleza y antigüedad de su linaje? ¿El grandísimo patrimonio? ¿El excelentísimo ingenio? ¿Las resplandescientes virtudes? ¿La soberana hermosura? De la cual te ruego me dejes hablar un poco porque haya algún

refrigerio. Y lo que te dijere será sólo de lo descubierto, que si yo supiera hablarte de lo oculto no nos fuera necesario discutir tan miserablemente.

SEMPRONIO.— (*aparte*) ¿Qué mentiras y qué locuras dirá ahora mi amo?

CALISTO.—Comienzo por los cabellos. ¿Ves tú las madejas del oro delgado que hilan en Arabia? Más lindos son y no resplandecen menos. No ha menester más para convertir a los hombres en piedras.

SEMPRONIO.—(*aparte*) O en asnos.

CALISTO.—Los ojos verdes rasgados, las pestañas luengas, las cejas delgadas y alzadas, la nariz mediana, la boca pequeña, los dientes menudos y blancos, los labios colorados y grosezuelos; el dibujo del rostro un poco más luengo que redondo; el pecho alto, la redondeza y forma de las pequeñas tetas, ¿quién te la podrá figurar?, que se despereza el hombre cuando las mira. Las manos pequeñas, de dulce carne acompañadas, los dedos luengos, las uñas en ellos largas y coloradas que parecen rubíes entre perlas. Y de aquella parte que yo no pude ver, juzgo por el bulto de fuera que es incomparablemente mejor que la que Paris juzgó entre las tres deesas.

SEMPRONIO.—¿Has dicho?

CALISTO.—Cuan brevemente pude.

SEMPRONIO.—Aunque sea todo eso verdad, por ser tú hombre, eres más digno.

CALISTO.—¿En qué?

SEMPRONIO.—En que ella es imperfecta, por el cual defecto desea y apetece a ti y a otro menor que tú. ¿No has leído el Filósofo donde dice: «así como la materia apetece a la forma, así la mujer al varón»?

CALISTO.—¡Cuándo veré yo eso entre mí y Melibea!

SEMPRONIO.—Posible es que lo veas y aun que la aborrezcas tanto cuanto ahora la amas. Y esto acaecerá tan pronto la alcances y la veas con ojos libres de engaño.

CALISTO.—¿Con qué ojos?

SEMPRONIO.—Con ojos claros.

CALISTO.—Y ahora, ¿con qué la veo?

SEMPRONIO.—Con lentes de aumento, con que lo poco parece mucho y lo pequeño grande. Y por que no te desesperes, yo quiero tomar la empresa de cumplir tu deseo.

CALISTO.—¡Dios te dé lo que desees, qué glorioso me es oírte! Aunque no espero que lo hayas de hacer.

SEMPRONIO.—Antes lo haré cierto.

CALISTO.—Dios te consuele. El jubón de brocado que ayer vestí, Sempronio, vístetele tú.

SEMPRONIO.—(*aparte*) Si de estos agujones me da, se la he de traer hasta la cama.

CALISTO.—¿Cómo has pensado hacer esta piedad?

SEMPRONIO.—Yo te lo diré. Días ha que conozco en esta vecindad a una vieja barbuda que se dice Celestina, hechicera, astuta y sagaz en cuantas maldades hay. Entiendo que pasan de cinco mil virgos los que se han hecho y deshecho por su autoridad en esta ciudad. A las duras peñas provocará a lujuria si quiere.

CALISTO.—¿Podrías yo hablarle?

SEMPRONIO.—Yo te la traeré hasta acá.

Oscuro.

Escena III

Sale la Celestina, en su casa, hablando hacia dentro.

CELESTINA.—¡Albricias, albricias, Elicia! ¡Sempronio, Sempronio!

ELICIA.—(*dentro*) ¡Calle, calle, madre!

CELESTINA.—¿Por qué?

ELICIA.—(*dentro*) Porque está aquí Crito.

CELESTINA.—¡Mételo en la camarilla de las escobas, presto! Dile que viene tu primo y mi familiar.

Entra Sempronio.

SEMPRONIO.—¡Madre bendita! ¡Qué deseo traigo! Gracias a Dios que te me dejo ver.

CELESTINA.—¡Hijo mío, rey mío, turbado me has! No te puedo hablar; torna y dame otro abrazo. ¿Y tres días pudiste estar sin vernos? ¡Elicia, Elicia, cátales aquí!

ELICIA.—(*dentro*) ¿A quién, madre?

CELESTINA.—Sempronio.

ELICIA.—(*dentro*) ¡Ay triste! Qué saltos me da el corazón. ¿Y qué es de él?

CELESTINA.—Vesle aquí, vesle. Yo me lo abrazaré, que no tú.

ELICIA.—(*dentro*) ¡Ay! ¡Maldito seas, traidor!!

SEMPRONIO.—¡Ji, ji, ji! ¿Qué has, mi Elicia? ¿De qué te acongojas?

ELICIA.—(*dentro*) ¡Tres días hace que no me ves!

SEMPRONIO.—(*imita a Calisto, haciendo burla de la invisible Elicia mientras Celestina ríe*)

¡Calla, señora mía! ¿Tú piensas que la distancia del lugar es poderosa de apartar el entrañable amor, el fuego que está en mi corazón? Donde yo voy, conmigo vas, conmigo estás; no te aflijas ni te atormentes más de lo que yo he padecido. (*Se oye ruido*) Mas di, ¿qué pasos suenan arriba?

ELICIA.—(*dentro*) ¿Quién? ¡Un mi enamorado!

SEMPRONIO.—Pues créolo.

ELICIA.—(*dentro*) ¡Verdad es! ¡Sube acá y verle has!

SEMPRONIO.—Voy.

CELESTINA.—Anda acá; deja esa loca, que ella es liviana y, turbada de tu ausencia, la sacas ahora de seso. Dirá mil locuras. Ven y hablemos; no dejemos pasar el tiempo en balde.

SEMPRONIO.—Pues ¿quién está arriba?

CELESTINA.—¿Quiéreslo saber?

SEMPRONIO.—Quiero.

CELESTINA.—Una moza que me encomendó un fraile.

SEMPRONIO.—¿Qué fraile?

CELESTINA.—No lo procures saber.

SEMPRONIO.—Por mi vida, madre, ¿qué fraile?

CELESTINA.—¿Porfías? El ministro, el gordo.

SEMPRONIO.—¡Oh desafortunada, y qué carga espera!

CELESTINA.—Todo lo aguantamos las mujeres, aunque pocas mataduras habrás visto tú en la barriga.

SEMPRONIO.—Mataduras no, pero cardenales sí.

CELESTINA.—¡Ay burlador!

SEMPRONIO.—Deja si soy burlador y muéstramela.

CELESTINA.—¡Ah don malvado! ¿Verla quieres? Los ojos se te salten; que no te basta a ti una ni otra. ¡Elicia ha de saberlo!

SEMPRONIO.—¡Calla, que ni la quiero ver a ella ni a mujer nacida! A ti, madre, quiero hablar. Toma el manto y vamos, que por el camino sabrás algo que será de tu provecho y el mío.

CELESTINA.—¡Vamos! (*hablando hacia dentro*) ¡Elicia, quedate a Dios! ¡Cierra la puerta!

Cambia la luz para sugerir que han salido a la calle.

SEMPRONIO.—Madre mía, estate atenta a lo que ahora te dijere y no derrames tu pensamiento en muchas partes. Y es que, después de que mi fe puse contigo, jamás pude desear bien de que no te cupiese parte.

CELESTINA.—Parta Dios, hijo, de lo suyo contigo; que no sin causa lo hará, siquiera porque has sentido piedad de esta vieja pecadora. Pero di, no te detengas; que la amistad que entre ti y mí se afirma no ha menester preámbulos para ganar la voluntad.

SEMPRONIO.— Calisto arde en amores de Melibea; de ti y de mí tiene necesidad. Pues ha menester de los dos, juntos nos aprovechemos.

CELESTINA.— Digo que me alegro de estas nuevas como los cirujanos de los descalabrados. Y tal como ellos dañan en los principios las llagas y encarecen el prometimiento de la salud, así entiendo yo hacer con Calisto.

SEMPRONIO.—Callemos, que a la puerta estamos y, como dicen, las paredes han oídos.

Cambia la luz para sugerir que están en la casa de Calisto.

Sale Calisto.

CALISTO.—¡Sempronio!

SEMPRONIO.—Señor. Esta es la madre Celestina.

CALISTO.—Por la fisonomía se conoce la virtud interior. ¡Oh vejez honesta! Deseo llegar a ti, codicio besar esas manos llenas de remedio. La indignidad de mi persona lo embarga. Desde aquí adoro la tierra que huellas.

CELESTINA.— (*aparte a Sempronio*) Los huesos que yo roí piensa darme a comer este necio de tu amo. Pues otra cosa imagino que sucederá: al freír lo verá. Dile que cierre la boca y comience a abrir la bolsa; que de las obras dudo, cuanto más de las palabras.

CALISTO.—(*aparte a Sempronio*) ¿Que decía la madre? Paréceme que pensaba que le ofrecía palabras por excusar galardón.

SEMPRONIO.—(*aparte a Calisto*) Así lo sentí también.

CALISTO.— (*aparte a Sempronio*) Pues yo sanaré su duda.

SEMPRONIO.— (*aparte a Calisto*) Bien harás, que no se debe dejar crecer la hierba entre los panes sino limpiarla luego con el escardilla de las buenas obras.

CALISTO.— (*le da una bolsa a Celestina*). Recibe, madre, la dádiva de un pobre que te ofrece con ella la vida.

SEMPRONIO.—(*aparte a Celestina*).—¿Qué te dio, madre?

CELESTINA.—(*aparte a Sempronio*) A su tiempo lo sabrás.

CALISTO.—Ve ahora, madre, y consuela tu casa y después ven y consuela la mía.

CELESTINA.—Quede Dios contigo.

CALISTO.—Y él te me guarde.

Se va Celestina.

CALISTO.—Sempronio, cien monedas di a la madre, ¿hice bien?

SEMPRONIO.—¡Ay, si hiciste bien! Pero tórnate a la cámara y reposa, que tu negocio está en buenas manos.

CALISTO.—Sempronio, no me parece buen consejo quedar yo acompañado y que vaya sola la que busca el remedio de mi mal. Mejor será que vayas con ella y la apremies, pues sabes que de su diligencia pende mi salud. Sabido eres, fiel te sienta, por buen criado te tengo. Haz de manera que en sólo verte ella a ti, juzgue la pena que a mí me queda y el fuego que me atormenta. Tú, como hombre libre de tal pasión, háblale a rienda suelta.

SEMPRONIO.—Señor, quiero ir y dar prisa a la vieja, mas ¿cómo te dejaré si, en viéndote solo, dices desvarios de hombre sin seso, suspirando, gimiendo, mal trobando, holgando con lo oscuro, deseando soledad? Si perseveras, o de muerto o loco no podrás escapar.

CALISTO.—Simple, ¿no sabes cuánto es dulce a los tristes quejar su pasión, cuánto descanso traen consigo los quebrantados suspiros? Cuantos poetas escribieron consuelos, no dicen otra cosa.

SEMPRONIO.—Lee más adelante, vuelve la hoja y hallarás que dicen que buscar materia de tristeza es género de locura. Huye de tirar coces al agujón. Finge alegría y consuelo y lo tendrás, que muchas veces la opinión trae las cosas donde quiere.

CALISTO.—Sempronio amigo, pues tanto sientes mi soledad, llama a Pármeneo; quedará conmigo y de aquí en adelante sé, como sueles, leal, que en el servicio del criado está el galardón del señor.

SEMPRONIO. — (*Llama*) ¡Pármeneo!

Oscuro.

Escena IV

Calle. Sale Sempronio corriendo y después Celestina.

SEMPRONIO.—¡Que despacio va la barbuda! A dineros pagados, brazos y piernas quebrados.

¡Eh, señora Celestina!

CELESTINA.—¿A qué vienes, hijo?

SEMPRONIO.—Este nuestro enfermo no sabe qué pedir. No se le cuece el pan, teme tu negligencia y maldice su avaricia porque te dio tan poco dinero.

CELESTINA.—No es cosa más propia del que ama que la impaciencia. En un momento querían poner en efecto sus cogitaciones. Mayormente estos novicios que contra cualquier señuelo vuelan sin deliberación, sin pensar en el daño que su deseo pueda traer a sus personas y sirvientes.

SEMPRONIO.—¿Qué dices de sirvientes? ¿Te parece que nos puede venir a nosotros daño de este negocio? Al diablo mandaré yo sus amores al primer desconcierto que vea. Más vale que pene el amo, que no que peligre el mozo.

CELESTINA.—Bien has dicho. Pero todavía, hijo, es necesario que el buen procurador ponga de su casa algún trabajo, algunas fingidas razones, algunos sofísticos actos; no digan que se gana holgando el salario. Y así vendrá cada uno a él con su pleito y a Celestina con sus amores.

SEMPRONIO.—Haz lo que quieras, que no será éste el primer negocio que has tomado a cargo.

CELESTINA.—¿El primero, hijo? A Dios gracias, pocas vírgenes habrás visto tú en esta ciudad de quien yo no haya sido corredora de su primer hilado. En naciendo la muchacha, la hago escribir en mi registro, y esto lo hago para saber cuántas se me salen de la red. ¿Qué pensabas, Sempronio? ¿Habíame de mantener del viento? ¿Heredé otra herencia? ¿Tengo otra casa o viña? ¿Me conoces otra hacienda además de este oficio? ¿De qué como y bebo? ¿De qué visto y calzo? En esta ciudad fui nacida, en ella criada, y en ella mantengo honra como todo el mundo sabe. Quien no supiere mi nombre y mi casa, tenle por extranjero.

SEMPRONIO.—Dime madre, ¿crees que podré alcanzar algo de Melibea?

CELESTINA.—No hay cirujano que a la primera cura juzgue la herida. Te diré lo que yo veo al presente. Melibea es hermosa, Calisto, loco y franco. Ni a él penará gastar, ni a mí andar. Bulla moneda y dure el pleito lo que durare. Todo lo puede el dinero: las penas quebranta, los ríos pasa en seco. No hay lugar tan alto que un asno cargado de oro no le suba. El desatino y ardor de Calisto bastan para que él se pierda y ganemos nosotros. A casa voy de Pleberio; quédate a Dios, que aunque esté brava Melibea, no es ésta, si a Dios ha placido, la primera a quien yo he hecho perder el cacarear. Cosquillosicas son todas, mas después de que consienten que le pongan la silla en el envés del lomo, nunca querrían descansar. Si de noche caminan, nunca querrían que amaneciese. Maldicen los gallos porque anuncian el día y el reloj porque se da tanta prisa. Cuando ven salir el lucero del alba se les quiere salir el alma. Camino es, hijo, que nunca me harté de andar. Nunca me vi cansada y aun así, vieja como soy, sabe Dios mi buen deseo. Cuanto más éstas que hierven sin fuego, se dejan cautivar del primer abrazo, ruegan a quien rogó, penan por el penado, se hacen siervas de quien eran señoras, rompen paredes, abren ventanas y fingen enfermedades. No te sabré decir lo mucho que obra en ellas aquel dulzor que les queda de los primeros besos de quien aman. Son enemigas todas del medio, siempre están posadas en los extremos.

SEMPRONIO.—No te entiendo esos términos, madre.

CELESTINA.—Digo que la mujer o ama mucho a aquel de quien es requerida o le tiene grande odio. Y con esto voy más confiada a casa de Melibea; porque sé que, aunque al presente la ruegue, al fin me ha de rogar; aunque al principio me amenace, al cabo me ha de halagar.

SEMPRONIO.—Madre, mira bien lo que haces, porque cuando se yerra el principio, no puede ser bueno el fin. Piensa en su padre que es noble y esforzado; su madre, celosa y brava; tú, la misma sospecha. Melibea es única a ellos: faltándoles ella, fáltales todo el bien. En pensarlo, tiemblo: no vayas por lana y vengas sin pluma.

CELESTINA.—¿Sin pluma, hijo?

SEMPRONIO.—O emplumada, madre, que es peor.

Oscuro.

Escena V

Sale Celestina, bañada por luz roja y llamas. Tiene un hilado en la mano y un papel que levanta en alto.

CELESTINA.—¡Conjúrote, triste Plutón, señor de la profundidad infernal, emperador de la corte dañada, capitán soberbio de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fuegos que los hirvientes montes manan, gobernador de los tormentos y atormentador de las pecadoras ánimas! Yo, Celestina, tu más conocida clienta, por la virtud y fuerza de estas bermejas letras, por la sangre de aquella nocturna ave con que están escritas, por la gravedad de los nombres y signos en este papel, por la áspera ponzoña de las víboras con que fue confeccionado este aceite, con el cual unto este hilado, te conjuro vengas sin tardanza a obedecer mi voluntad de que Melibea lo compre. Y que con ello de tal manera quede enredada que, cuanto más lo mirare, tanto más su corazón se ablande a conceder mi petición. Y que le abras el dicho corazón y se lo lastimes de crudo y fuerte amor a Calisto. Tanto que, despedida toda honestidad, se descubra a mí y me galardone.

Cambia la luz para sugerir una calle. Celestina echa a andar hablando consigo misma.

CELESTINA—Ya está el negocio en buenas manos. Ahora que voy sola, quiero mirar bien lo que voy a hacer; pues podría ser que, si me descubren, pagase con mi vida el atrevimiento. O que muy amenguada quedase si me mantearan o azotaran cruelmente. Amargas cien monedas serían entonces las que me ha pagado Calisto. ¡Ay cuitada de mí! ¿en qué lazo me he metido? No sé qué camino escoja por más sano: en el osar hay manifiesto peligro, en la cobardía denostada pérdida. Cada camino descubre sus dañosos y hondos barrancos. Si me toman con el hurto, seré o muerta o encorrozada. Pero si no voy, ¿qué dirá Calisto? ¿Qué hará? ¿Qué pensará, si no que hay nuevo engaño en mis pisadas? Que como engañé a su padre, le engañaré a él. Y dará voces como loco y me dirá en mi cara denuestos rabiosos, diciendo, «tú, puta vieja, ¿por qué acrecentaste mis pasiones con tus promesas? Alcahueta falsa, para todo el mundo tienes pies, para mí

lengua; para todos obras, para mí palabras; para todos remedio, para mí pena». Pues, ¡triste yo! mal acá, mal acullá: pena en ambas partes. Cuando a los extremos falta el medio, es discreción arrimarse al más sano. Más quiero ofender a Pleberio que enojar a Calisto. Ya veo su puerta. Esfuerza, esfuerza, Celestina, no desmayes. Todos los agujeros se aderezan favorables o yo no sé nada de esta arte. Cuatro hombres me he topado, a los tres llaman Juanes y los dos son cornudos. La primera palabra que oí por la calle fue de achaque de amores. No he tropezado como otras veces. Las piedras parece que se apartan y me hacen lugar para que pase. Ni me estorban las faldas, ni siento cansancio en andar. Todos me saludan. Ni perro me ha ladrado, ni ave negra he visto, ni cuervo, ni otras nocturnas.

La luz sugiere que estamos en el interior de la casa de Melibea.

Melibea sale al encuentro de Celestina.

MELIBEA.—¿Quién es esta vieja que viene haldeando?

CELESTINA.—Paz sea en esta casa.

MELIBEA.— Madre, seas bienvenida. ¿Cuál dios te trajo por estos barrios?

CELESTINA.—Yo te lo diré, señora buena. Con mis fortunas adversas me sobrevino mengua de dinero y no supe mejor remedio que vender un poco de hilado que para unas toquillas tenía allegado. Es delgado como el pelo de la cabeza, recio como cuerdas de vihuela, blanco como el copo de la nieve, hilado todo por estos pulgares, aspado y aderezado. Veslo aquí, si de ello y de mí te puedes servir.

MELIBEA.— Tu razón y ofrecimiento me mueven a compasión. Si el hilado es tal, le diré a mi madre que te lo pague bien.

CELESTINA.— (*le da el hilado*) Ah señora, Dios te deje gozar de tu noble juventud y florida mocedad; que es el tiempo en que alcanzarás más placeres y mayores deleites; que, a mi fe, la vejez no es sino mesón de enfermedades, posada de pensamientos, vecina de la muerte, choza sin rama que se llueve por cada parte y cayado de mimbre que con poca carga se dobla.

MELIBEA.—¿Por qué dices, madre, tanto mal de lo que todo el mundo desea ver y gozar?

CELESTINA.—Desean harto mal para sí; desean harto trabajo. Desean llegar allá porque llegando viven y el vivir es dulce. Así que el niño desea ser mozo y el mozo, viejo y el viejo más, aunque sea con dolor. Todo por vivir, porque, como dicen, viva la gallina con su pepita. Pero ¿quién te podría contar, señora, sus inconvenientes y fatigas, sus enfermedades, su frío y calor, aquel arrugar de cara, aquel mudar de cabellos, aquel poco oír, aquel debilitado ver, aquel hundimiento de boca, aquel caer de dientes, aquel carecer de fuerza, aquel flaco andar y aquel espacioso comer? Pues ¡ay, ay, señora, si lo dicho viene acompañado de pobreza!

MELIBEA.—Madre, pues que así es, gran pena tendrás por la edad que perdiste. ¿Querrías volver a la primera?

CELESTINA.—Loco es, señora, el caminante que, enojado del trabajo del día, quisiese volver al comienzo. No hay cosa más dulce ni graciosa al muy cansado que el mesón.

MELIBEA.—Siquiera por vivir más, sería bueno desear lo que digo.

CELESTINA.—Tan presto, señora, se va el cordero como el carnero. Ninguno es tan viejo que no pueda vivir un año, ni tan mozo que hoy no pudiese morir.

MELIBEA.—Espantada me tienes con lo que has hablado e indicio me dan tus razones de que te he visto en otro tiempo. Dime, madre, ¿eres tú Celestina, la que solía morar a las tenerías cabe el río?

CELESTINA.—Señora, hasta que Dios quiera.

MELIBEA.—Vieja te has puesto. Bien dicen que los días no pasan en balde. Así goce de mí, no te conociera sino por esa señaleja de la cara. Figúraseme que eras hermosa; otra pareces. Muy mudada estás.

CELESTINA.—Señora, detén tú el tiempo que no ande. ¿No has leído que dicen: «vendrá el día que en el espejo no te conozcas»? Pero también yo encanecí temprano y parezco de doblada edad. Que de cuatro hijas que parió mi madre yo fui la menor.

MELIBEA.—Celestina amiga, yo he holgado mucho en verte y conocerte. También me has dado placer con tus razones. Toma dinero y vete con Dios, que me parece que no debes haber comido.

CELESTINA.—¡Oh angélica imagen! ¡Oh, perla preciosa! ¡Y cómo lo dices! Gozo me da verte hablar. Pero, ¿no sabes que por la divina boca fue dicho que no sólo de pan viviremos? No sólo el comer mantiene. Mayormente a mí, que me suelo estar uno y dos días en

ayunas negociando encomiendas ajenas. Esto tuve siempre: querer más trabajar sirviendo a otros que holgar contentándome a mí. Pero si tú me das licencia, te diré la causa de mi venida.

MELIBEA.—Di, madre, todas tus necesidades; que si yo las pudiese remediar, de muy buen grado lo haré.

CELESTINA.—¿Mías, señora? Antes ajenas, como tengo dicho; que las mías de mi puerta adentro me las paso sin que las sienta la tierra. Como cuando puedo y bebo cuando lo tengo, que con mi pobreza jamás me faltó después que enviudé una blanca para pan y un cuarto para vino. Mientras vivía mi marido y señor no tenía yo cuidado de buscarlo, que sobrado estaba siempre un cuero de tinto en mi casa. Jamás me acosté sin comer una tostada en vino y tomar dos docenas de sorbos, por amor de la madre. Pero ahora, como todo cuelga de mí, en un jarrillo me lo traigo en que no caben dos azumbres. Seis veces al día tengo que salir con mis canas a cuestas a henchirle a la taberna. Mas no muera yo de muerte hasta que me vea con un cuero o tinajica de mis puertas adentro, que como dicen, «pan y vino anda camino, que no mozo garrido». Ha venido esto, señora, por lo que decía de las necesidades ajenas y no mías.

MELIBEA.—Pide lo que quieras, sea para quien fuere.

CELESTINA.—Doncella graciosa y de alto linaje, tu suave habla y alegre gesto me dan osadía para decírtelo. Yo dejo un enfermo a la muerte, que con sola una palabra de tu noble boca sanará, según la mucha devoción que tiene a tu gentileza.

MELIBEA.—Vieja honrada, no te entiendo. Por una parte me alteras y provocas a enojo; por otra, me mueves a compasión. No te sabría dar respuesta conveniente. Yo soy dichosa si de mi palabra hay necesidad para la salud de algún cristiano, porque hacer beneficio es semejar a Dios. Así que no ceses en tu petición por empacho ni temor.

CELESTINA.—El temor perdí mirando, señora, tu beldad; que no puedo creer que en balde pintase Dios unos gestos tan perfectos, tan dotados de gracias, y unas facciones tan hermosas sino para hacerlos almacén de virtudes. El pelícano se rompe el pecho por dar a sus hijos a comer de sus entrañas, las cigüeñas mantienen a sus viejos padres en el nido, ninguna cosa el gallo come que no participe y llame las gallinas a comer de ello; pues tal conocimiento dio la naturaleza a los animales y aves, ¿por qué hemos los hombres de ser más crueles? ¿por qué no daremos parte de nuestras gracias y personas a los prójimos?

Mayormente cuando están envueltos en secretas enfermedades, tales que de donde está la medicina sale la causa de la enfermedad.

MELIBEA.—Por Dios, que sin más dilatar me digas quién es ese doliente. ¿Su pasión y remedio salen de una misma fuente?

CELESTINA.—Señora, bien tendrás noticia en esta ciudad de un caballero mancebo, gentilhombre de clara sangre, que llaman Calisto...

MELIBEA.—Ya, ya, buena vieja, no me digas más; no pases adelante. ¿Ese es el doliente por quien has hecho tantas premisas en tu demanda, desvergonzada barbuda? De locura será su mal. No se dice en vano que la lengua el más dañoso miembro del mal hombre o mujer. ¡Quemada seas, alcahueta falsa, hechicera, enemiga de honestidad! ¡Jesús, Jesús, quítateme de delante, que no me has dejado gota de sangre en el cuerpo!

CELESTINA.— (*aparte*) En hora mala vine acá si me falla el conjuro. (*dirigiéndose a un demonio invisible*) ¡Ce hermano, que se va todo a perder!

MELIBEA.— ¿Aún hablas entre dientes delante de mí? ¿Tú, que querías condenar mi honestidad por dar vida a un loco y dejarme a mí triste por alegrarle a él? ¿Querías perder y destruir la casa y la honra de mi padre? ¿Piensas que no tengo sentidas tus pisadas y entendido tu dañado mensaje? Respóndeme, traidora, ¿cómo osaste hacer tanto?

CELESTINA.— Tu temor, señora, me hace recibir enojo sin razón ninguna. Por Dios, señora, que me dejes concluir mi dicho, que ni él quedará culpado, ni yo condenada. Y verás como todo es más servicio de Dios que pasos deshonestos, más para dar salud al enfermo que para dañar la fama al médico. Si pensara, señora, que ibas a conjeturar nocibles sospechas, no hubiera osado hablarte en cosa que a Calisto ni a otro hombre tocase.

MELIBEA.— Jesús, no oiga yo mentar más a ese loco saltaparedes, fantasma de noche, más largo que una cigüeña. Ese es el que yo vi el otro día y comenzó a desvariar conmigo haciendo mucho del galán. Pues, dirasle, buena vieja, que si pensó que ya era todo suyo, que se aparte de este propósito, que le será más sano. Y tú da gracias a Dios que tan libre sales de esta feria. Bien me habían dicho quién eras y avisado de tus propiedades, aunque hasta ahora no te conocía.

CELESTINA.— (*aparte*) Más fuerte estaba Troya. Otras más bravas he amansado yo. Ninguna tempestad dura mucho.

MELIBEA.—¿Qué dices, enemiga? Habla, que te pueda oír. ¿Tienes disculpa alguna para satisfacer mi enojo y excusar tu yerro?

CELESTINA.— Estás tú muy rigurosa y no me maravillo, que la sangre nueva ha menester poco calor para hervir.

MELIBEA.— ¿Poco calor? Poco lo puedes llamar, pues quedaste tú viva y yo quejosa. ¿Qué palabra podías tú querer para ese hombre que a mí me estuviese bien? Responde, pues dices que no has concluido.

CELESTINA.— Una oración, señora, que le dijeron que sabías de santa Polonia para el dolor de las muelas. Asimismo, tu cordón, que es fama ha tocado todas las reliquias que hay en Roma y Jerusalén. Aquel caballero que dije, pena y muere del dolor de las muelas.

MELIBEA.— Si eso querías, ¿por qué luego no me lo dijiste en tan pocas palabras?

CELESTINA.— Señora, porque mi limpio motivo me hizo creer que no se había de sospechar mal. Por Dios, que no me culpes. Y si él otro yerro ha hecho, que no redunde en mi daño, pues no tengo otra culpa que ser mensajera del culpado. No quiebre la soga por lo más delgado. No seas como la araña que no muestra su fuerza sino contra los flacos animales. Mi oficio no es sino servir a los semejantes. De esto vivo y de esto me arreo. Nunca fue mi voluntad enojar a unos por agradar a otros, aunque hayan dicho a tu merced otra cosa en mi ausencia. Al fin, señora, en toda la ciudad pocos tengo descontentos y con todos cumplo. Y para los que algo me mandan, es como si tuviese veinte pies y otras tantas manos.

MELIBEA.— Tantos y tantos loores me han dicho de tus falsas mañas que no sé si creer que pedías oración.

CELESTINA.—Nunca yo la rece (y si la rezare no sea oída del Todopoderoso) si yo te pido otra cosa, aunque mil tormentos me diesen.

MELIBEA.—Mi pasada alteración me impide reír de tu disculpa, que bien sé que ni juramento ni tormento te torcerá a decir verdad.

CELESTINA.—Eres mi señora; tengo que callar; te he de servir; me has de mandar. Tu mala palabra será anuncio de una saya.

MELIBEA.—Bien te la has merecido.

CELESTINA.—Si no la he ganado con la lengua, no la he perdido con la intención.

MELIBEA.—Tanto afirmas tu ignorancia que me haces dudar. Pero no te maravilles de mi pasado sentimiento, porque concurrieron dos cosas en tu habla que cualquiera de ellas

bastara para sacarme de seso: una, nombrarme a ese caballero que conmigo se atrevió a hablar; y otra, pedirme palabra sin más causa, que no se podía sino sospechar daño para mi honra. Pero pues todo viene con buena intención, haya perdón de lo pasado, que se alivia mi corazón viendo que es obra pía y santa sanar a los enfermos.

CELESTINA.— ¡Y tal enfermo, señora, por Dios! Si bien le conocieses no le juzgarías tan mal. En franqueza, es Alejandro; en esfuerzo, Héctor; el gesto, el de un rey; es gracioso y jamás reina en él la tristeza. De noble sangre, como sabes, y gran justador. Pues si le vieras armado, es un san Jorge. Tanta fuerza no tuvo Hércules. Todo junto semeja ángel del cielo. Pero ahora, señora, tiénele derribado una sola muela, que jamás cesa de quejarse.

MELIBEA.—¿Y qué tiempo ha?

CELESTINA.—Podrá ser, señora, de veintitrés años.

MELIBEA.—Ni te pregunto eso, ni tengo necesidad de saber su edad, sino qué tanto ha que tiene el mal.

CELESTINA.—Señora, ocho días, que parece que ha un año en su flaqueza. Y el mejor remedio que tiene es tomar una vihuela, y tañe tantas canciones y tan lastimeras que, aunque yo sé poco de música, parece que hace hablar aquel instrumento. Mira, señora, si una pobre vieja como yo no se hallara dichosa de dar la vida a quien tantas gracias tiene... Ninguna mujer le ve que no alabe a Dios que así le pintó.

MELIBEA.—Cuánto me pesa ahora mi poca paciencia, porque siendo él ignorante y tú inocente, has padecido las alteraciones de mi airada lengua. En pago de tu buen sufrimiento quiero cumplir tu demanda y darte mi cordón. Y porque para escribir la oración no habrá tiempo sin que venga mi madre, ven mañana por ella muy secretamente. Y... madre, no le des parte de lo que pasó a ese caballero porque no me tenga por cruel o arrebatada o deshonesto.

Se quita el cordón Melibea y se lo da a Celestina.

CELESTINA.—Mucho me maravillo, señora Melibea, de tus dudas. No temas, que todo lo sé encubrir. Yo voy con tu cordón tan alegre que se me figura que el corazón le ha contado ya a aquel ángel del cielo la merced que nos hiciste y que le tengo de hallar aliviado.

MELIBEA.—Más haré por tu doliente, si menester fuere, en pago de lo sufrido.

CELESTINA.—*(aparte)* Más será menester y más harás aunque no se te agradezca.

MELIBEA.—¿Qué dices, madre, de agradecer?

CELESTINA.—Digo, señora, que todos lo agradecemos y todos te quedamos obligados. Y si algo con mi ruego para él he alcanzado, con la tardanza lo he dañado. Yo me parto para él si licencia me das.

MELIBEA.—Ve con Dios.

Oscuro.

Escena VI

Sale Sempronio por un lado y Celestina por otro. La iluminación sugiere una calle.

SEMPRONIO.—O yo no veo bien, o aquella es Celestina. ¡Válgala el diablo qué haldear se trae!

CELESTINA.—¿De qué te santiguas, Sempronio?

SEMPRONIO.—Yo te lo diré. ¿Quién jamás te vio por la calle, abajada la cabeza, puestos los ojos en el suelo y no mirar a ninguno como ahora? ¿Quién te vio hablar entre dientes y venir aguijando como quien va a ganar beneficio? Cata, que todo esto es novedad para maravillarse. Pero esto dejado, dime, por Dios, ¿con qué vienes? No pases de aquí sin contármelo.

CELESTINA.—Sempronio amigo, ni yo me podría parar, ni el lugar es aparejado. Vente conmigo delante de Calisto y oirás maravillas. Sería desflorar mi embajada comunicarla contigo antes que con tu amo; de mi boca quiero yo que sepa lo que he hecho; que aunque hayas de haber alguna partecilla del provecho, quiero yo todas las gracias del trabajo.

SEMPRONIO.—¿Partecilla, Celestina? Mal me parece eso que dices.

CELESTINA.—¡Calla, loquillo! Que parte o partecilla, cuanto tú quisieres te daré. Todo lo mío es tuyo. Gocémonos y aprovechémonos, que sobre el *partir* nunca reñiremos. Y también sabes tú cuánta más necesidad tienen los viejos que los mozos, mayormente tú que vas a mesa puesta.

SEMPRONIO.—Otras cosas he menester además de comer.

CELESTINA.—¿Qué, hijo? ¿Una docena de agujetas y una cadena para el bonete y un arco para andarte de casa en casa tirando a pájaros y arojando pájaros a las ventanas? Muchachas digo, bobo, de las que no saben volar, que bien me entiendes. Mas ¡ay, Sempronio, de quien tiene que mantener honra y se va haciendo vieja como yo!

SEMPRONIO.— (*aparte*) También me quiere a mí engañar. Pues mala medra tiene; no le arriendo la ganancia.

CELESTINA.—¿Qué dices, Sempronio? ¿Con quién hablas? Me vienes royendo las faldas. ¿Por qué no agujas?

SEMPRONIO.—Lo que vengo diciendo, madre mía, es que no me maravillo de que seas mudable, que sigues el camino de muchas. Me habías dicho que diferirías este negocio; y ahora vas sin seso por decir a Calisto cuanto pasa. ¿No sabes que cada día que él pene nos doblará el provecho?

CELESTINA.—El sabio muda el propósito; el necio persevera. A nuevo negocio, nuevo consejo. Y yo sé que tu amo, según lo que de él sentí, es liberal y algo antojadizo. Más dará en un día de buenas nuevas que en ciento que ande penando. ¡Calla, bobo, y deja hacer a tu vieja!

SEMPRONIO.—Pues dime lo que pasó con aquella gentil doncella. Dime alguna palabra de su boca, que, por Dios, así peno por saberla como mi amo.

CELESTINA.—¡Calla, loco, que se te altera la complexión! Veo en tí que querrías más estar al sabor que al olor de este negocio. Andemos presto, que estará loco tu amo con mi mucha tardanza.

SEMPRONIO.—Y aun sin ella.

Sale Calisto. La iluminación sugiere que están en el interior de su casa.

CALISTO.—¿Qué dices, señora y madre mía?

CELESTINA.—¡Oh mi señor Calisto, mi nuevo amador de la muy hermosa Melibea! ¿Con qué pagarás a la vieja que hoy ha puesto su vida al tablero por tu servicio? ¿Cuál mujer jamás se vio en tan estrecha afrenta como yo? Que en tornarlo a pensar se menguan y vacían de sangre todas las venas de mi cuerpo. Mi vida diera por menor precio que vale *este manto raído y viejo*.

CALISTO.—¡Madre mía, abrevia tu razón o toma esta espada y mátame!

CELESTINA.—¿Espada, señor? Espada mala mate a tus enemigos y a quien mal te quiere, que yo la vida te quiero dar con la buena esperanza que traigo.

CALISTO.—¿Buena esperanza, señora?

CELESTINA.—Buena se puede decir, pues queda abierta la puerta para mi vuelta y antes me recibirá a mí con *esta saya rota* que a otro con seda y brocado.

CALISTO.—Dime, por Dios, señora, ¿qué hacía? ¿cómo entraste? ¿qué tenía vestido? ¿a qué parte de casa estaba? ¿qué cara te mostró al principio?

CELESTINA.—La cara, señor, que suelen mostrar los bravos toros a los que les lanzan las flechas en el coso.

CALISTO.—¿Y a éstas llamas señales de salud? ¿pues cuáles serían mortales? No por cierto la misma muerte, que ésta sería alivio de mi tormento. Si no quieres, reina y señora mía, que desespere y vaya mi ánima condenada a perpetua pena, certíficame brevemente si tuvo buen fin tu demanda y explícame el significado de ese *gesto angélico y matador*, pues todo ello más parece señal de odio que de amor.

CELESTINA.—La mayor gloria del secreto oficio de la abeja es que todas las cosas que toca las convierte en mejor de lo que son. De esta manera me ha ido con las zahareñas razones de Melibea. Todo su rigor traigo convertido en miel, toda su ira en mansedumbre, todo su aceleramiento en sosiego. ¿A qué piensas que iba allá la vieja Celestina sino a ablandar su saña, a recibir en *mi manto* sus golpes, desvíos, menosprecios y desdenes? Pues eso hacen todas en los principios de los requerimientos de amor, que a quien más quieren, peor hablan. Y si así no fuese, si todas dijese que sí a la entrada, ¿qué diferencia habría entre las públicas que aman y las escondidas doncellas? Éstas, aunque estén abrasadas y encendidas de vivos fuegos de amor, por su honestidad siempre muestran un frío exterior, un sosegado rostro, un aplacible desvío, un constante ánimo y casto propósito; y dicen palabras agrias que la propia lengua se maravilla del gran sufrimiento suyo, pues forzosamente confiesan lo contrario de lo que sienten. Así pues, para que descanses y tengas reposo, mientras te cuento por extenso el proceso de mi habla y la causa que tuve para entrar, sabe que el fin de su razón y habla fue muy bueno.

CALISTO.—Ahora, señora, que me has dado seguro para que ose esperar todos los rigores de la respuesta, di cuanto mandares y como quisieres, que yo estaré atento. Ya me reposa el corazón, ya descansa mi pensamiento, ya recobran las venas su perdida sangre. Dime, pues, la causa de tu entrada, ¿qué fue?

CELESTINA.—Vender un poco de hilado, con que tengo cazadas más de treinta de su estado y aun algunas mayores.

CALISTO.—Eso será de cuerpo, madre, pero no de gentileza, no de gracia y discreción, no de linaje, no de presunción, no en virtud, no en habla.

CELESTINA.—Oye, señor Calisto y verás lo que obraron tu dicha y mi solicitud.

CALISTO.—¡Quién estuviera allí debajo de tu manto, escuchando lo que hablaba aquella en quien Dios puso tan extremadas gracias!

CELESTINA.—¿Debajo de mi manto dices? ¡Ay, te hubiesen visto por *treinta agujeros que tiene*, si Dios no lo mejora!

CALISTO.—Di, señora, ¿qué hiciste cuando la viste sola? Enmudecerías ante ella.

CELESTINA.—Antes me dio más osadía para hablar lo que quise. Abrí mis entrañas, díjele mi embajada, y cómo penabas por una palabra de su boca para sanar un gran dolor. Y como ella estuviese suspensa, mirándome, espantada del mensaje, escuchando hasta ver quién podía ser el que así penaba, en nombrando tu nombre atajó mis palabras, diose en la frente una gran palmada, como quien cosa de grande espanto hubiese oído, y me dijo que cesase mi habla y me quitase de delante, si no quería que sus servidores se convirtieran en verdugos de mi postrimería. Yo en todo este tiempo no dejaba mis pensamientos vagos ni ociosos, viendo cuánto almacén gastaba su ira, llamándome hechicera, alcahueta, vieja falsa, barbuda malhechora y otros muchos ignominiosos nombres, con cuyos títulos se asombran los niños de cuna. Y en pos de esto vinieron mil amortecimientos y desmayos, mil milagros y espantos, turbándose el sentido, bulliendo fuertemente los miembros todos a una parte y a otra, retorciendo el cuerpo, las manos enclavijadas como quien se despereza, que parecía que las despedazaba, mirando con los ojos a todas partes, acoceando con los pies el suelo duro. Y yo a todo esto arrinconada, encogida, callando, muy gozosa con su ferocidad. Mientras más basqueaba, más me alegraba yo porque más cerca estaba su caída. Pero entretanto que su ira gastaba aquel espumajoso almacén, yo no dejaba mis pensamientos estar vagos, ni ociosos de manera que tuve lugar de salvar lo dicho.

CALISTO.—Dime eso, señora madre, que yo he revuelto en mi juicio mientras te escucho y no he hallado disculpa que fuese buena para que quedase sin terrible sospecha de tu demanda.

CELESTINA.—Pues le dije que tu pena era mal de muelas y que la palabra que de ella quería era una oración.

CALISTO.—¡Maravillosa astucia! Eres singular mujer en tu oficio. ¿Cuál humano seso bastara a pensar tan alta manera de remedio? Ahora doy por bien empleada mi muerte, puesta en tales manos. ¿Hay tal mujer nacida en el mundo?

CELESTINA.—Señor, no atajes mis razones; déjame decir, que se va haciendo noche. Ya sabes que quien mal hace, aborrece la claridad y yendo a mi casa podría tener algún mal encuentro.

CALISTO.—Hachas y pajes hay que te acompañen.

SEMPRONIO.—(*aparte*) Sí, porque no fuercen a la niña.

CALISTO.—¿Dices algo, Sempronio?

SEMPRONIO.—Señor, que yo la acompañaré hasta su casa, que hace mucho oscuro.

CALISTO.—Bien dicho es. Después será. Pero procede en tu habla y dime qué más pasaste.
¿Qué te respondió a la demanda de la oración?

CELESTINA.—Que la daría de su grado.

CALISTO.—¿De su grado? ¡Oh Dios mío, qué alto don!

CELESTINA.—Pues más le pedí.

CALISTO.—¿Qué, mi vieja honrada?

CELESTINA.—Un cordón que ella trae siempre ceñido, diciendo que era provechoso para tu mal porque había tocado muchas reliquias.

CALISTO.—Pues, ¿qué dijo?

CELESTINA.—Dame albricias y te lo diré.

CALISTO.—Oh, por Dios, toma toda esta casa y cuanto en ella hay.

CELESTINA.—Por *un manto* que tú me des, pondré en tus manos su mismísimo cuerpo.

CALISTO.—¿Qué dices de manto? Y saya y cuanto yo tengo.

CELESTINA.—*Manto he menester*. No te alargues más, no pongas sospechosa duda en mi pedir, que dicen que ofrecer mucho al que poco pide es otra manera de negar.

CALISTO.—¡Corre, Sempronio, llama a mi sastre y que corte luego un manto y una saya de aquel contray que se sacó para frisado!

SEMPRONIO.—(*aparte*) Así, así. A la vieja todo, aunque venga como abeja cargada de mentiras y a mí que me arrastren. Tras el manto andaba ella hoy todo el día con sus rodeos.

CALISTO.—¡De qué gana va este diablo! No hay hombre tan mal servido como yo con ese mozo rezongador, enemigo de mi bien. ¿Qué vas, bellaco, rezando? Envidioso, ¿qué dices? Ve donde te mando presto y no me enojés, que también habrá para ti sayo en aquella pieza.

SEMPRONIO.—No digo, señor, otra cosa sino que es tarde para que venga el sastre.

CALISTO.—Pues quédese para mañana. Y tú, señora, por amor mío te sufras, que no se pierde lo que se dilata. Y muéstrame aquel santo cordón que tales miembros fue digno de ceñir. Gozará mi lastimado corazón, que nunca recibió momento de placer después de que conoció a aquella señora. Todos los sentidos le lastimó: los ojos en verla, los oídos en oírla, las manos en tocarla.

CELESTINA.—¿Que la has tocado, dices? Mucho me espantas.

CALISTO.—Entre sueños, digo.

CELESTINA.—¿En sueños?

CALISTO.—En sueños la veo todas las noches.

CELESTINA.—Asaz tienes pena, pues cuando otros reposan en sus camas, preparas tú el trabajo para sufrir otro día. Esfuézzate, señor, da espacio a tu deseo. Toma este cordón, que si yo no me muerdo, yo te daré a su ama.

CALISTO.—¡Oh bienaventurado cordón que tanto poder y merecimiento tuviste de ceñir aquel cuerpo que yo no soy digno de servir! Nudos de mi pasión, vosotros enlazasteis mis deseos. Decidme si os hallasteis presentes en la desconsolada respuesta de aquella a quien vosotros servís y yo adoro.

CELESTINA.—Refrán viejo es: «quien menos procura, alcanza más bien». Consuélate, señor, que en una hora no se ganó Zamora.

CALISTO.—¡Oh desdichado, que las ciudades están con piedras cercadas, y a piedras, piedras las vencen, pero esta mi señora tiene el corazón de acero! No hay metal que con él pueda; no hay tiro que le melle. Poned escalas en su muro: unos ojos tiene con que echa saetas, una lengua llena de reproches y desvíos.

CELESTINA.—Calla, señor, que el buen atrevimiento de un solo hombre ganó a Troya. No desconfíes, que una mujer puede ganar otra. Poco has tratado mi casa. No sabes bien lo que yo puedo.

CALISTO.—Cuanto dijeres, señora, te quiero creer, pues tal joya como ésta me trujiste. ¡Oh mi gloria, ceñidero de aquella angélica cintura! Yo te veo y no lo creo. ¡Oh cordón, cordón! ¿Fuisteme tú mi enemigo? Dilo cierto si lo fuiste; yo te perdono, que de los buenos es propio perdonar las culpas.

CELESTINA.—Cesa ya, señor, ese devanear, que a mí tienes cansada de escucharte y al cordón roto de tratarlo.

CALISTO.—Calla, señora, que él y yo nos entendemos. ¡Oh mezquino de mí! ¡Si me fuera del cielo otorgado que de mis brazos fueras hecho y no de seda como eres! Así gozarían ellos cada día de rodear y ceñir con debida reverencia aquellos miembros que tú, sin sentir ni gozar de la gloria, siempre tienes abrazados...

SEMPRONIO.—Señor, por holgar con el cordón, no querrás gozar de Melibea.

CALISTO.—¡Loco, desvariado, cenizo! ¿Cómo es eso?

SEMPRONIO.—Hablando así matas a ti y a los que te oyen y perderás la vida o el seso. Abrevia tus razones, darás lugar a las de Celestina.

CALISTO.—¿Te enojo, madre, con mi lengua razón o está borracho este mozo?

CELESTINA.—Aunque no lo esté, debes, señor, cesar tu razón, dar fin a tus lenguas querellas y tratar al cordón como cordón.

CALISTO.—¡Oh mi señora, mi madre, mi consoladora, déjame gozar con este mensajero de mi gloria! Déjame salir por las calles con esta joya por que los que me vieren sepan que no hay más bienandante hombre que yo... (*acordándose de otra cosa*) ¿Y la oración?

CELESTINA.—No me la dio por ahora.

CALISTO.—¿Que fue la causa?

CELESTINA.—La brevedad del tiempo, pero quedó en que si tu pena no aflojase, que tornase mañana por ella.

CALISTO.—¿Aflojar? Aflojaré mi pena cuando afloje su crueldad.

CELESTINA.—Asaz, señor; basta lo dicho y hecho. Obligada queda Melibea a todo lo que para esta enfermedad yo quisiere pedir. Mira, señor, si esto no basta para la primera visita. Yo me voy. ¡Ah!, y cumple que si salieres mañana, lledes rebozado un paño, porque si de ella fueres visto, no acuse mi petición de falsa.

CALISTO.—Y aun cuatro paños, si es menester. Pero dime, ¿pasó más? Que muero por oír palabras de aquella dulce boca. ¿Cómo fuiste tan osada que sin conocerla te mostraste tan familiar en tu entrada y demanda?

CELESTINA.—¿Sin conocerla? Cuatro años fueron mis vecinas. Trataba con ellas, hablaba y reía de día y de noche. Mejor me conoce su madre que a sus mismas manos, aunque Melibea se ha hecho grande y ahora es mujer discreta y gentil.

CALISTO.—¿Gentil dices, señora? Parece que lo dices burlando. ¿Hay nacida su par en el mundo? ¿Crio Dios otro mejor cuerpo? ¿Se pueden pintar tales facciones, tal dechado de hermosura? Si hoy estuviera viva Elena, por quien tanta muerte hubo de griegos y troyanos, todas obedecerían a esta señora por quien yo peno. Pues cuantas hoy son nacidas que de ella tengan noticia, se maldicen y querellan a Dios, porque no se acordó de ellas cuando hizo a esta mi señora; y consumen sus vidas y comen sus carnes con envidia pensando con artificio igualar su perfección y se pelan las cejas con tenacicas y buscan doradas hierbas y raíces y ramas y flores para hacer lejías para que sus cabellos se asemejen a los de Melibea. Y las caras martillean, envistiéndolas en diversos matices con unguentos y unturas, aguas fuertes, posturas blancas y coloradas que por evitar prolijidad no las cuento.

CELESTINA.—(*aparte a Sempronio que va a interrumpir a Calisto*) Déjale, Sempronio, que él caerá de su asno. Ya acaba.

CALISTO.—Pero las gracias que en todas repartió natura, las juntó en Melibea, para que todos conociesen cuánta era la grandeza de su pintor. Sólo un poco de agua clara y un peine de marfil basta para que ella exceda en gentileza a todas las nacidas. Estas son sus armas; con estas mata; con estas me cautivó; con estas me tiene ligado y puesto en dura cadena.

CELESTINA.—Calla y no te fatigues, que la lima que yo tengo, más aguda es que fuerte esa cadena que te atormenta. Yo la cortaré con ella para que tú quedes suelto. Por ende, dame licencia, que es muy tarde y déjame llevar el cordón porque tengo necesidad de él.

CALISTO.—¡Oh desconsolado de mí! La fortuna adversa me sigue, que contigo o con el cordón o con entrambos quisiera yo estar acompañado toda esta noche luenga y oscura. Pero pues no hay bien cumplido en esta penosa vida, venga entera la soledad. Sempronio.

SEMPRONIO.—Señor.

CALISTO.—Acompaña a esta señora hasta su casa y vaya con ella tanto placer y alegría como conmigo queda tristeza y soledad.

CELESTINA.—Quede, señor, Dios contigo. Mañana será mi vuelta. Y súfrete, señor, y piensa en otras cosas.

CALISTO.—Eso no, que es herejía olvidar a la que alegra mi vida.

Oscuro.

Escena VII

Sale Melibea por un lado y Celestina por otro.

La iluminación sugiere el interior de una casa.

CELESTINA.—Paz sea en esta casa.

MELIBEA.—Vieja sabia y honrada, tú seas bienvenida.

CELESTINA.—¿Qué es, señora, tu mal, que así muestra las señas de su tormento en las coloradas colores de tu gesto?

MELIBEA.—Madre mía, que comen este corazón serpientes dentro de mi cuerpo.

CELESTINA.—*(aparte)* Bien está, así lo quería yo. Tú me pagaras, doña loca, la sobra de tu ira.

MELIBEA.—¿Qué dices? ¿Has sentido, al verme, alguna causa de donde mi mal proceda?

CELESTINA.—No me has declarado, señora, la calidad del mal. ¿Quieres que adivine la causa?

Lo que yo digo es que recibo mucha pena de ver triste tu graciosa presencia.

MELIBEA.—Vieja honrada, alégreamela tú, que me han dado grandes nuevas de tu saber.

CELESTINA.—Señora, el sabidor sólo es Dios; pero como repartió entre las gentes las gracias de hallar las medicinas para salud y remedio de las enfermedades, alguna partecica alcanzó a esta pobre vieja, sea por experiencia, por arte, o por natural instinto.

MELIBEA.—¡Qué gracioso y agradable me es oírte! Saludable es al enfermo la cara alegre del que le visita. Me parece que veo mi corazón hecho pedazos entre tus manos. Si tú quisieses, con muy poco trabajo lo juntarías con la virtud de tu lengua. Por amor de Dios que me des algún remedio.

CELESTINA.—Gran parte de la salud es desearla, por lo cual creo que tu dolor es menos peligroso. Pero para yo dar, Dios mediante, saludable medicina es necesario saber de ti tres cosas. La primera, a qué parte de tu cuerpo más declina y aqueja el sentimiento. La segunda, si es nuevamente por ti sentido, porque más presto se curan las tiernas enfermedades que cuando han hecho curso en la perseveración de su oficio. La tercera, si procede de algún cruel pensamiento que se asentó en aquel lugar. Y esto sabido, verás obrar mi cura; por ende cumple que al médico como al confesor se hable toda verdad abiertamente.

MELIBEA.—Amiga Celestina, mujer bien sabia y maestra grande, mucho has abierto el camino por donde te pueda especificar mi mal. Por cierto, tú lo pides como mujer bien experta en curar tales enfermedades. Mi mal es de corazón. La teta izquierda es su aposentamiento. Tiende sus rayos a todas partes. Lo segundo: es nuevamente nacido en mi cuerpo, que no pensé jamás que podía ningún dolor privar el seso como hace éste. Túrbame la cara, quítame el comer, no puedo dormir, ningún género de risa querría ver. La causa o pensamiento, que es la cosa final por ti preguntada, ésta no te sabré decir. Porque ni muerte de deudo, ni pérdida de bienes temporales, ni sobresalto de visión, ni sueño desvariado, ni otra cosa puedo creer que fuese, salvo la alteración que tú me causaste con la demanda de aquel caballero Calisto, cuando me pediste la oración.

CELESTINA.—¿Cómo, señora, tan mal hombre es aquél, tan mal nombre es el suyo que en sólo ser nombrado trae consigo ponzoña? No creas que sea ésa la causa de tu sentimiento. Antes será otra que yo barrunto. Y si tú licencia me das, yo, señora, te la diré.

MELIBEA.—¿Cuál físico jamás pidió licencia para curar al paciente? Di, di, que siempre la tienes de mí, con tal que no dañes mi honra con tus palabras.

CELESTINA.—Veo, señora, que por una parte te quejas del dolor y por otra temes la medicina. Tu temor me impone miedo; el miedo, silencio; y el silencio hace tregua entre tu llaga y mi medicina. Así que será causa de que ni tu dolor cese ni mi venida te aproveche.

MELIBEA.—Cuanto más dilatas la cura tanto más acrecientas la pena y pasión. O tus medicinas son de polvos de infamia y licor de corrupción o no es ninguno tu saber.

CELESTINA.—Señora, si tú quieres ser sana y que te descubra la punta de mi sutil aguja sin temor, haz para tus manos y pies una ligadura de sosiego, para tus ojos una cobertura de piedad, para tu lengua un freno de descanso, para tus oídos unos algodones de paciencia y verás entonces obrar a la antigua maestra de estas llagas.

MELIBEA.—¡Cómo me muero con tu dilatar! Di, por Dios, lo que quisieres. Haz lo que supieres, que no podrá ser tu remedio tan áspero que iguale a mi pena y tormento. Aunque toque en mi honra, dañe mi fama, lastime mi cuerpo; aun cuando suponga romper mis carnes para sacar mi dolorido corazón, te doy fe de ser segura. Y si siento alivio seréis bien galardonada.

CELESTINA.—Pues lo primero es traer más clara medicina y más saludable descanso de casa de aquel caballero... Calisto.

MELIBEA.—¡Calla, por Dios, madre! No traigan cosa de su casa para mi provecho ni le nombres aquí.

CELESTINA.—Sufre, señora, con paciencia, que es el primer punto y principal. Si no, todo nuestro trabajo es perdido. Tu llaga es grande y tiene necesidad de áspera cura. Y lo duro con duro se ablanda más eficazmente. Un clavo con otro se expele y un dolor con otro. No concibas odio ni desamor, ni consentas a tu lengua decir mal de persona tan virtuosa como... Calisto.

MELIBEA.—¡Oh, por Dios, que me matas! ¿No te tengo dicho que no me alabes a ese hombre, ni me le nombres en bueno ni en malo?

CELESTINA.—Señora, este es otro y segundo punto. Si tú con tu mal sufrimiento no lo consientes, poco aprovechará mi venida; pero si como prometiste lo sufres, tú quedarás sana y sin deuda y Calisto sin queja y pagado.

MELIBEA.—Tantas veces me nombrarás a ese caballero que no baste ni mi promesa ni la fe que te di a sufrirlo. ¿De qué ha de quedar pagado? ¿Qué le debo yo a él? ¿Qué le soy a cargo? ¿Qué ha hecho por mí? ¿Por qué es necesario para curar mi mal? Más agradable me sería que rasgases mis carnes y sacases mi corazón.

CELESTINA.—El amor se metió en tu pecho sin romperte las vestiduras. No rasgaré yo tus carnes para curarle.

MELIBEA.—¿Cómo dices que llaman a mi dolor, que se ha enseñoreado de lo mejor de mi cuerpo?

CELESTINA.—Amor dulce.

MELIBEA.—Eso me declara que es, que en sólo oírlo me alegro.

CELESTINA.—Es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una delectable dolencia, un alegre tormento, una dulce y fiera herida, una blanda muerte.

MELIBEA.—¡Ay mezquina de mí, que si es verdad tu relación, dudosa será mi salud, porque según la contrariedad que esos nombres entre sí muestran, lo que al uno fuere provechoso, al otro acarreará más pasión.

CELESTINA.—Señora, no desconfíe tu noble juventud de salud; que cuando el alto Dios da la llaga, tras ella envía el remedio. Mayormente que conozco yo una flor que de todo esto te libere.

MELIBEA.—¿Cómo se llama?

CELESTINA.—No te lo oso decir.

MELIBEA.—Di, no temas.

CELESTINA.—Calisto.

Se desvanece Melibea y Celestina la recoge en sus brazos.

CELESTINA.—Por Dios, señora Melibea, ¿qué decaecimiento es éste? Malaventurada vieja, ¿en esto han de parar mis pasos? Si muere, me han de matar. Señora Melibea, ángel mío, ¿qué es de tu habla graciosa? ¿qué es de tu color alegre? Abre tus claros ojos. ¡Lucrecia, Lucrecia, entra presto acá; verás amortecida a tu señora entre mis manos! ¡Baja presto por un jarro de agua!

MELIBEA.—(*despertándose*) Paso, paso, no escandalices la casa.

CELESTINA.—¡Oh cuitada de mí! No te descaezcas, señora, háblame como sueles.

MELIBEA.—Calla, no me fatigues.

CELESTINA.—Pues ¿qué me mandas que haga, perla graciosa? ¿qué ha sido tu sentimiento? Creo que se van quebrando mis puntos.

MELIBEA.—Quebróse... mi honestidad. Quebróse mi empacho. Aflojó mi mucha vergüenza. Ya, mi nueva maestra, mi fiel secretaria, en vano trato de encubrirte lo que tú tan abiertamente conoces. Muchos días son pasados en que ese noble caballero me habló en amor. Tanto me fue enojosa su habla entonces cuanto se volvió alegre después que tú me le tornaste a nombrar. Tus puntos han cerrado mi llaga. En mi cordón le llevaste envuelta la posesión de mi libertad. Su dolor de muelas era mi mayor tormento. Su pena era la mayor mía. Alabo tu cuerda osadía, tu liberal trabajo, tus solícitos y fieles pasos. Mucho te debe ese señor y más yo, que jamás pudieron mis reproches aflacar tu esfuerzo; antes, como fiel servidora, cuando más denostada, más diligente; cuando más disfavor, más esfuerzo; cuando peor respuesta, mejor cara; cuando yo más airada, tú más humilde. Pospuesto todo temor, has sacado de mi pecho lo que jamás a ti ni a otro pensé descubrir.

CELESTINA.—Amiga y señora mía, estos fines me dan osadía para sufrir los ásperos y escrupulosos desvíos de las doncellas encerradas como tú. Verdad es que antes que me

determinase, así por el camino como en tu casa, estuve en grandes dudas sobre si te descubriría mi petición. Visto el gran poder de tu padre, temía; mirando la gentileza de Calisto, osaba; vista tu discreción, me recelaba. En lo uno hallaba el miedo y en lo otro la seguridad. Y pues así, señora, has querido descubrir la gran merced que nos has hecho, declara tu voluntad, echa tus secretos en mi regazo. Pon en mis manos el concierto de este concierto. Yo encontraré forma para que tu deseo y el de Calisto sean cumplidos en breve.

MELIBEA.— Calisto, mi señor, mi dulce y suave alegría, si tu corazón siente lo que ahora el mío, maravillada estoy de cómo la ausencia te consiente vivir. Madre y señora, haz de manera que le pueda ver.

CELESTINA.—Ver y hablar.

MELIBEA.—¿Hablar? Imposible.

CELESTINA.—Ninguna cosa a los hombres que quieren hacerla es imposible.

MELIBEA.—Dime cómo.

CELESTINA.—Yo lo tengo pensado. Por entre las puertas de tu casa.

MELIBEA.—¿Cuándo?

CELESTINA.—Esta noche.

MELIBEA.—Gloriosa me serás si lo ordenas. Di a qué hora.

CELESTINA.—A las doce.

MELIBEA.—Pues ve, mi leal amiga, y habla con aquel señor, y que venga muy paso y allí se dará concierto según su voluntad.

CELESTINA.—Adiós, que viene hacia aca tu madre.

Oscuro.

Escena VIII

Sale Calisto en su cámara cantando acompañándose de un laúd.

CALISTO.— *En gran peligro me veo;
en mi muerte no hay tardanza,
pues que me pide el deseo
lo que me niega esperanza.
Corazón, bien se te emplea
que penes y vivas triste,
pues tan presto te venciste
del amor de Melibea.*

CALISTO.—¡Sempronio!

Sale Sempronio.

SEMPRONIO.—Señor.

CALISTO.—¿Es muy noche? ¿Es hora de acostar?

SEMPRONIO.— Ya es, señor, tarde para levantar.

CALISTO.—¿Qué dices, loco? ¿Toda la noche es pasada?

SEMPRONIO.—Y aun parte del día. Olvida, señor, un poco a Melibea y verás la claridad, que con la mucha que contemplas en su gesto no puedes ver de encandelado. Pareces perdiz con la calderuela.

Se oyen las campanas de una iglesia.

CALISTO.—Ahora lo creo, que tañen a misa. Daca mis ropas; iré a la Magdalena. Rogaré a Dios que aderece a Celestina y ponga en corazón a Melibea o que dé fin en breve a mis tristes días.

SEMPRONIO.—No te fatigues tanto; no lo quieras todo en una hora, que no es de discretos desear con grande eficacia lo que puede acabar tristemente.

CALISTO.—No sé quien te enseñó tanta filosofía, Sempronio.

SEMPRONIO.—Señor, no es blanco todo lo que no se asemeja al negro, ni es todo oro cuanto reluce amarillo. Tus acelerados deseos, no medidos por la razón, hacen que mis consejos te parezcan claros. Quisieras tú que, a la primera habla, te trajeran a Melibea amanojada y envuelta en su cordón, como si hubieras enviado por otra cualquier mercadería a la plaza. Da, señor, alivio al corazón, que en poco espacio de tiempo no cabe gran bienaventuranza.

CALISTO.—Bien has dicho, si la cualidad de mi mal lo consintiese.

SEMPRONIO.—¿Para qué, señor, es el seso si la voluntad priva a la razón?

CALISTO.—Dice el sano al doliente: «Dios te dé salud». No quiero consejo ni más razones; que más avivas y enciendes las llamas que me consumen. Yo me voy solo a misa y no tornaré a casa hasta que me llames pidiéndome albricias por la buena venida de Celestina. Ni comeré hasta entonces, aunque primero sean los caballos de Febo apacentados en aquellos verdes prados que suelen frecuentar.

SEMPRONIO.—Deja, señor, esos rodeos; deja esas poesías, que no es habla conveniente la que pocos entienden. Di «aunque se ponga el sol» y sabrán todos lo que dices. Y come alguna conserva que te sostenga en tanto espacio de tiempo.

CALISTO.—Sempronio, mi fiel criado, mi buen consejero, mi leal servidor, sea como a ti te parece; porque cierto tengo, según tu limpieza de servicio, que quieres tanto mi vida como la tuya. Tráeme una tajada de diacitrón y vayamos a la Magdalena.

SEMPRONIO.—(*aparte*) Allí irás con el diablo tú y tus malos años. Y en tal hora comieses el diacitrón como Apuleyo el veneno que le convirtió en asno.

Oscuro.

Escena IX

Salen Calisto y Sempronio. La iluminación sugiere una iglesia, así como las voces de los actores, que hablan a media voz.

SEMPRONIO.—Señor, por Dios, que huyas de ser traído en lenguas, que al muy devoto llaman hipócrita. ¿Qué dirán, sino que andas royendo los santos? Si pasión tienes, súpfrela en tu casa. No descubras tu pena a los extraños, pues está el pandero en manos de quien bien lo sabrá tañer.

CALISTO.—¿En qué manos?

SEMPRONIO.—De Celestina.

Sale Celestina.

CELESTINA.—¿Qué nombráis a Celestina? ¿Qué decís de esta esclava de Calisto? Toda la calle del Arcediano vengo corriendo tras vosotros por alcanzaros y no he podido con mis luengas faldas.

CALISTO.—¡Oh joya del mundo, acorro de mis pasiones, espejo de mi vista! El corazón se me alegra al ver esa honrada presencia, esa noble senectud. Dime, ¿con qué vienes? ¿qué nuevas traes?, que te veo alegre y no sé en qué está mi vida.

CELESTINA.—En mi lengua.

CALISTO.—¿Qué dices, gloria y descanso mío?

SEMPRONIO.—(*aparte*) Buena viene la vieja, debe haber recaudado.

CELESTINA.—Todo este día, señor, he trabajado en tu negocio y he dejado perder otros en que harto me iba. Muchos tengo quejosos por tenerte a ti contento, pero todo vaya en buena hora, pues te traigo muchas buenas palabras de Melibea y la dejo a tu servicio.

CALISTO.—¿Qué es esto que oigo?

CELESTINA.—Que es más tuya que de sí misma. Más está a tu mandado y querer que al de su padre Pleberio.

CALISTO.—Habla cortés, madre, no digas tal cosa, que dirá Sempronio que estás loca. Melibea es mi señora, Melibea es mi dios, Melibea es mi vida, yo su cautivo, yo su siervo.

SEMPRONIO.—Con tu desconfianza, señor, hablas cosas con que atajas su razón. ¿De qué te santiguas? Dale algo por su trabajo, que eso merecen sus palabras.

CALISTO.—Bien has dicho. Madre mía, yo sé cierto que jamás igualará mi liviano galardón a tu trabajo. En lugar de manto y saya, toma esta cadenilla, ponla al cuello y procede en tu razón y mi alegría.

SEMPRONIO.—(*aparte*) ¿Cadenilla la llama? No estima el gasto.

CELESTINA.—Señor Calisto, para tan flaca vieja como yo mucha franqueza usaste; en pago de la cual te restituyo tu salud que iba perdida, tu corazón que te faltaba, tu seso que se alteraba. Melibea pena por ti más que tú por ella. Melibea te ama y desea ver. Melibea piensa más horas en tu persona que en la suya. Melibea se llama tuya y eso tiene por título de libertad y con eso amansa el fuego que más que a ti la quema.

CALISTO.—Sempronio, ¿estoy yo aquí? ¿Oigo yo esto? Mira si estoy despierto, si es de día o de noche. ¡Oh, señor Dios, padre celestial, ruégote que esto no sea sueño! ¿Te burlas, señora, de mí?

CELESTINA.—Si burlo o no, lo has de ver yendo esta noche a su casa en dando el reloj las doce.

CALISTO.—¿Tal cosa espero? ¿Tal cosa es posible? No soy capaz de tanta gloria ni merecedor de tan gran merced.

CELESTINA.—Siempre lo oí decir, que es más difícil sufrir la próspera fortuna que la adversa. Mira, señor, que está Celestina de tu parte y que aunque fueses más feo que un demonio, te vendería por el más acabado galán del mundo. Mal conoces a quién das tu dinero.

CALISTO.—Cata, señora, ¿qué me dices, que vendrá de su grado?

CELESTINA.—Y aun de rodillas. Yo he hecho todo lo que era a mi cargo. Alegre te dejo. Dios te libre y aderece.

Calisto abraza a Sempronio y luego a Celestina.

CELESTINA.— Me voy muy contenta.

Se va Celestina.

CALISTO.—Dios vaya contigo, madre. Yo quiero dormir y reposar un rato para satisfacer a las pasadas noches y cumplir con la por venir.

SEMPRONIO.—(*aparte*) ¡Qué prisa tiene la vieja por irse! No puede creer que tenga la cadena en su poder ni que se la hayan dado de verdad. Pues guárdese del diablo que, sobre el repartir, no le saque el alma.

Oscuro.

Escena X

Salen Calisto y Sempronio a la calle, sugerida por una iluminación de luz lunar.

CALISTO.— Sempronio, mira si parece alguno por la calle.

SEMPRONIO.— Señor, ninguna gente parece y aunque la hubiese, la mucha oscuridad privaría la vista y el conocimiento a los que nos encontrasen.

CALISTO.— Pues andemos por esta calle, aunque demos un rodeo, porque vayamos más encubiertos. (*Suenan campanadas*) Las doce da el reloj; buena hora es.

SEMPRONIO.— Cerca estamos.

CALISTO.— A buen tiempo llegamos. Ve, Sempronio, a ver si es venida aquella señora por entre las puertas.

SEMPRONIO.— ¿Yo, señor? Mejor será que tu presencia sea su primer encuentro, porque en viéndome a mí no se turbe de ver que de tantos es sabido lo que tan ocultamente quería hacer.

CALISTO.— Bien has dicho. La vida me has dado con tu sutil aviso. Yo me llego allá, quédate en ese lugar.

Se retira Sempronio a una esquina del tablado.

CALISTO.— Ce, señora mía.

Sale Melibea a un balcón.

MELIBEA.— ¿Quién habla? ¿Quién está fuera?

CALISTO.— El que viene a cumplir tu mandado.

MELIBEA.— Ce, señor, ¿cómo es tu nombre? ¿quién te mando venir?

CALISTO.— No tema tu merced de descubrirse a este cautivo de tu gentileza, que el dulce sonido de tu habla, que jamás de mis oídos se cae, me certifica que tú eres mi señora Melibea. Yo soy tu siervo Calisto.

MELIBEA.—La sobrada osadía de tus mensajes me ha forzado a hablarte, señor Calisto, aunque no sé qué más piensas sacar de mi amor que lo que entonces te mostré. Desvía estos vanos y locos pensamientos de ti. Mi honra y persona han de estar seguras, sin detrimento de mala sospecha. Para esto vine aquí. No quieras poner mi fama en la balanza de las lenguas maldicientes.

CALISTO.—¡Malaventurado Calisto, cuán burlado has sido de tus sirvientes! Engañosa Celestina, ¿por qué falseaste la palabra de esta mi señora? ¿Me mandaste venir aquí para que me fuese mostrado el disfavor? Oh enemiga, ¿no me dijiste que esta mi señora me era favorable?

MELIBEA.—Cesen, señor mío, tus verdaderas querellas, que ni mi corazón basta para sufrirlo ni mis ojos para disimularlo. Tú lloras de tristeza, juzgándome cruel; yo lloro de placer, viéndote tan fiel. ¡Oh mi señor, cuánto más alegre me fuera poder ver tu faz que oír tu voz. Pero, pues no se puede al presente hacer más, acepta la firma y sello de las razones que te envié escritas en la lengua de aquella solícita mensajera. Todo lo que te dijo confirmo. Limpia, señor, tus ojos. Ordena de mí a tu voluntad.

CALISTO.—¡Señora mía, esperanza de mi gloria, descanso y alivio de mi pena, alegría de mi corazón! ¿qué lengua será bastante para darte gracias por la incomparable merced que me has querido hacer? ¡Cuántos días antes me vino este pensamiento a mi corazón y por imposible lo rechazaba! Y ahora los rayos de tu muy claro gesto han dado luz a mis ojos, despertado mi lengua, acortado mi cobardía, desadormecido mis pies y manos y finalmente me han dado tal osadía que me han traído con su mucho poder a este sublimado estado en que me veo.

MELIBEA.—Señor Calisto, tu mucho merecer, tus extremadas gracias, tu alto nacimiento han obrado que, después que de ti hube entera noticia, en ningún momento te partieses de mi corazón. Muchos días he pugnado por disimularlo, pero tan pronto traje aquella mujer tu dulce nombre a la memoria, le descubrí mi deseo de que vinieses a este lugar para suplicarte que ordenes y dispongas de mi persona según quieras. Las puertas

impiden nuestro gozo, las cuales yo maldigo y también a sus fuertes cerrojos y mis flacas fuerzas; que, si por ellas no fuesen, ni tu estarías quejoso ni yo descontenta.

CALISTO.—¿Cómo, señora mía, consientes que una madera impida nuestro gozo? Nunca pensé que aparte de tu voluntad lo pudiera estorbar cosa alguna. ¡Molestas y enojosas puertas, ruego a Dios que tal fuego os abrase como a mí me da guerra! Por Dios, señora mía, permite que llame a mi criado para que las quiebre.

MELIBEA.—¿Quieres, amor mío, perderme y dañar mi fama? No sueltes las riendas a la voluntad. La esperanza es cierta, el tiempo breve. Y pues tú sientes tu pena sencilla y yo la de entrambos; tú sólo dolor, y yo el tuyo y el mío, conténtate con venir mañana a esta hora por las paredes de mi huerto. Que si ahora quebrases las crueles puertas, aunque al presente no fuésemos sentidos, amanecería terrible sospecha de mi yerro en casa de mi padre.

CALISTO.—Mi señora y mi bien todo, ¿por qué llamas yerro a lo que por los santos de Dios me fue concedido? Rezando hoy ante el altar de la Magdalena me vino con tu mensaje alegre aquella solícita mujer....

SEMPRONIO.—(*aparte mientras Calisto y Melibea siguen hablando en mimo en el balcón*) Por fe tengo que no es cristiano. ¿Pues no dice que los santos de Dios se lo han concedido? Con esta confianza quiere que yo quiebre las puertas y no habré dado el primer golpe cuando sea sentido y tomado por los criados de su padre que duermen cerca. Pero en sintiendo bullicio, el buen huir me ha de valer; que no querer morir ni matar no es cobardía sino bien natural. Estos escuderos de Pleberio son locos; no desean tanto comer ni dormir como cuestiones y ruidos. Mas ¿qué es esto? Ruido oigo. A malas andan. Muerto soy. Me voy hacia casa de Celestina, no sea que me atajen camino de nuestra casa. (*Echa a correr por el primer término del tablado*). ¿Si habrán muerto ya a mi amo? Pero no, que no es sino la gente del alguacil que pasaba haciendo estruendo por esa otra calle. No me habían dejado gota de sangre; tragada tenía ya la muerte, que me parecía que me iban dando en estas espaldas golpes. En mi vida me acuerdo haber tenido tan gran temor, aunque he andado por casas ajenas harto tiempo, que nueve años serví a los frailes de Guadalupe y mil veces nos apuñeábamos yo y otros. Guárdeme Dios de verme con armas, que ese es el verdadero temor. No en balde dicen, «cargado de hierro y cargado de miedo». Volveré a mi lugar, que era sólo el alguacil.

MELIBEA.—Señor Calisto, ¿qué es eso que en la calle suena? Por Dios, mírate, que estás a peligro.

CALISTO.—Señora, no temas, que a buen seguro vengo. Mi criado debe de ser, que es muy bravo y desarma a cuantos pasan y heriría a alguno.

MELIBEA.—¿Sólo traes uno?

CALISTO.—Sí, pero aunque sean cuatro sus contrarios, no le costará mucho quitarles las armas y hacerlos huir, según es su esfuerzo. Si no fuese por lo que a tu honra toca, pedazos haría mi criado estas puertas. Y si sentidos fuésemos, él solo a ti y a mí nos libraría de toda la gente de tu padre.

MELIBEA.—¡Oh, por Dios, no se cometa tal cosa! Pero mucho placer tengo de que andes acompañado de criado tan fiel.

SEMPRONIO.— (*acercándose a Calisto*) Ce, ce, señor, señor. Vete presto de aquí, que viene mucha gente con hachas y serás visto y conocido y no hay sitio donde te metas.

CALISTO.—¡Mezquino yo! Me es forzado, señora, partirme de ti. No por temor de la muerte sino por el de tu honra. Y pues que así es, los ángeles queden con tu presencia. Mi venida será, como ordenaste, por el huerto.

MELIBEA.—Así sea, y vaya Dios contigo.

Se va Calisto con Sempronio.

PLEBERIO.— (*dentro*) Señora mujer, ¿duermes?

ALISA.— (*dentro*) Señor, no.

PLEBERIO.— (*dentro*) ¿No oyes bullicio en el retraimiento de tu hija?

ALISA.— (*dentro*) Sí oigo. ¡Melibea. Melibea!

PLEBERIO.— (*dentro*) No te oye. Yo la llamaré más recio. ¡Hija mía, Melibea!

MELIBEA.—¿Señor?

PLEBERIO.— (*dentro*) ¿Quién da patadas y hace bullicio en tu cámara?

MELIBEA.—Señor, Lucrecia es, que salió por un jarro de agua para mí, que tenía gran sed.

PLEBERIO.— (*dentro*) Duerme, hija, que pensé que era otra cosa.

Se va Melibea del balcón. Oscuro.

Escena XI

Salen Calisto y Sempronio.

CALISTO.—Cierra esa puerta, Sempronio, y sube una vela arriba.

SEMPRONIO.—Debes, señor, reposar y dormir lo que queda de aquí al amanecer.

CALISTO.—Pláceme; que bien lo he menester. ¿Qué te parece, Sempronio, de la obra que ha salido de las manos de la vieja? ¿Qué hubiéramos hecho sin ella? Pues, ¿oíste lo que con aquella mi señora he pasado? ¿Que hacías entretanto? ¿Tenías temor?

SEMPRONIO.—¿Temor, señor? Todo el mundo no me lo hiciera tener.

CALISTO.—¿Dormiste algún rato?

SEMPRONIO.—¿Dormir, señor? ¡Dormilón es el mozo! Nunca me asenté, ni aun junté los pies. Estuve mirando a todas partes para, en sintiendo algo, saltar presto y hacer todo lo que mis fuerzas me permitieran.

CALISTO.—No me maravillo, pues sabía que eras osado. Ya dije a mi señora Melibea lo que hay en ti y cuán seguras tenía mis espaldas con tu ayuda y guarda. Mucho cargo te soy; ruega a Dios por salud, que yo te galardonaré cumplidamente tu buen servicio. Vete con Dios a reposar.

Se va Calisto.

SEMPRONIO.—Ve donde quisieres, que antes que venga el día quiero yo ir a Celestina a cobrar mi parte de la cadena, que es una puta vieja y no le quiero dar tiempo a que fabrique alguna ruindad con que me excluya.

Oscuro.

Escena XII

Sale Sempronio que llama a una ventana.

SEMPRONIO.—¡Ta, ta! Señora Celestina, ábreme.

CELESTINA.— (*dentro*) ¿Quién llama?

SEMPRONIO.—Abre, que es tu hijo.

CELESTINA.— (*dentro*) No tengo yo hijos que anden por la calle a tal hora.

SEMPRONIO.—Abre a Sempronio, que vengo acá a almorzar contigo.

Sale Celestina abriendo la puerta a Sempronio.

CELESTINA.—¡Loco travieso! Entra, entra. ¿Cómo vienes a tal hora, que ya amanece? ¿Qué habéis hecho? ¿Qué ha pasado? ¿Despidiose la esperanza de Calisto o vive todavía con ella? ¿Cómo queda?

Cambia la iluminación para sugerir el interior de la casa de Celestina.

SEMPRONIO.—¿Cómo, madre? Si por mí no fuera, ya anduviera su alma buscando posada para siempre. Si se pudiese estimar lo que me debe, no sería su hacienda bastante para cumplir la deuda.

CELESTINA.—Jesús ¿en tanta afrenta te has visto? Cuéntamelo, por Dios.

SEMPRONIO.—Mira que, por mi vida, la sangre me hierve en el cuerpo en tornarlo a pensar.

CELESTINA.—Reposa, por Dios, y dímelo.

SEMPRONIO.—Cosa larga me pides, según vengo de cansado y trastornado del enojo. Mejor harías en aparejarme de almorzar. Quizá me amansara algo la alteración que traigo. Mi gloria sería ahora hallar en quien vengar la ira, ya que no pude hacerlo en los que me la causaron, por su mucho huir.

CELESTINA.—Landre me mate si no me espanto en verte tan fiero. Creo que burlas. Dímelo ahora, Sempronio, por mi vida, ¿qué os ha pasado?

SEMPRONIO.— Traigo, señora, todas las armas despedazadas, el broquel sin aro, la espada como sierra y el casquete abollado en la capilla. No tengo con qué salir esta noche con mi amo, que quedó concertado de verse por el huerto con Melibea. Y para comprar todo de nuevo, no tengo un maravedí en que me caiga muerto.

CELESTINA.—Pídelo, hijo, a tu amo, pues en su servicio se gastó y se quebró. Sabes que es persona que luego lo cumplirá, que no es de los que dicen: «vive conmigo y busca quien te mantenga». Él es tan franco que te dará para eso y para más.

SEMPRONIO.—¿Como quieres que le sea importuno pidiéndole más de lo que él de su propio grado me da? No digan por mí que dando un palmo pido cuatro. Dionos las cien monedas. Dionos después la cadena. Contentémonos con lo razonable y no lo perdamos todo por querer más, que quien mucho abarca, poco suele apretar.

CELESTINA.—Gracioso es el asno. ¿Estás en tu seso, Sempronio? ¿Qué tiene que ver tu galardón con mi salario? ¿Soy yo obligada a soldar tus armas? Que me maten si no te has asido a una palabrilla que te dije el otro día viniendo por la calle, que cuanto yo tenía era tuyo y que, en lo que pudiese con mis pocas fuerzas, jamas te faltaría. Y que si Dios me diese buena mano derecha con tu amo, que tú no perderías nada. Pero ya sabes, Sempronio, que estos ofrecimientos, estas palabras de buen amor no obligan. No ha de ser oro cuanto reluce, si no más barato sería. Además, que cuando vine de tu casa, di a esa loca de Elicia la cadenilla que traje para que se holgase con ella y no se puede acordar de dónde la puso. En toda esta noche ni ella ni yo no hemos dormido sueño del pesar, no por el valor de la cadena, que no era mucho, sino por su mal cobro. Y para mi desdicha entraron unos familiares míos en aquella sazón y temo que se la hayan llevado diciendo: «si te vi, burleme». Así que, hijo, si algo tu amo a mí me dio, debes mirar que es mío. Que de tu jubón de brocado no te pedí yo parte ni la quiero. Sirvamos todos, que a todos dará, según viere lo que cada uno merece; que si me ha dado algo, dos veces he puesto por él mi vida al tablero. Más herramienta se me ha embotado a mí en su servicio que a ti; más materiales he gastado que tú. Pues has de saber, hijo, que todo me cuesta dinero. Y aun mi saber, que no lo he alcanzado holgando. Esto trabajé yo; a ti se te debe esotro. Esto tengo yo por oficio y trabajo; tú por recreación y deleite.

Pero aun con todo lo que he dicho, si mi cadena aparece, te regalaré un par de calzas de grana, que es el hábito que mejor parece en los mancebos; y si no, recibe la voluntad, que yo me callaré con mi pérdida.

SEMPRONIO.—No es esta la primera vez que yo he visto cuánto reina en los viejos el vicio de la codicia: cuando pobre, franca; cuando rica, avarienta. Así que, adquiriendo, crece la codicia y ninguna cosa hace pobre al avariento si no es la riqueza. ¡Dios y cómo crece la necesidad con la abundancia! ¿Quien no oyó a esta vieja decir, pensando entonces que sería poco, que me llevase yo todo el provecho de este negocio? Pero ahora que lo ve crecido, no quiere dar nada por cumplir el refrán de los niños, que dicen: «De lo poco poco, de lo mucho nada».

CELESTINA.—Si mucho enojo traes contigo, o con tu amo, o con las armas, no lo quiebres en mí, que bien sé de dónde nace esto. Bien me barrunto de qué pie cojeas. No de la necesidad que tienes de lo que pides, ni aun de la codicia, sino que pensarás que te he de tener toda tu vida atado y cautivo de Elicia sin querer buscarte otras. Pues calla, que quien ésta te supo acarrear te dará otras diez.

SEMPRONIO.—¡Le digo que se vaya y se baja las bragas! No ando por lo que piensas, madre. No entremetas burlas a mi demanda, que con ese galgo no tomarás, si yo puedo, más liebres. Déjate conmigo de razones: a perro viejo, no cuz, cuz. Dame la mitad de cuanto de Calisto has recibido. No quieras que se descubra quién eres.

CELESTINA.—¿Quién soy yo, Sempronio? ¿Quitáste de la putería? Calla tu lengua, no insultes mis canas, que soy una vieja cual Dios me hizo. Y no peor que todas. Vivo de mi oficio, como cada oficial del suyo. A quien no me quiere, no le busco. De mi casa me vienen a sacar, en mi casa me ruegan. Si bien o mal vivo, Dios es el testigo de mi corazón. Y no pienses con tu ira maltratarme, que justicia hay para todos, y a todos es igual. También seré oída, aunque sea mujer. Déjame en mi casa con mi fortuna.

SEMPRONIO.—¡No me hanches las narices con esas razones y amenazas!

Sempronio zarandea a Celestina.

CELESTINA.—¡Elicia, Elicia, levántate de la cama! ¡Daca mi manto presto, que por los santos de Dios me vaya bramando como una loca para aquella justicia. ¿Qué es esto? ¿Qué

quieren decir tales amenazas en mi casa? ¿Con una oveja mansa tienes manos y braveza? ¿Con una gallina atada? ¿Con una vieja de sesenta años? ¡Allá, allá con los hombres como tú. Muestra tus iras contra los que ciñen espada, no contra mi flaca rueca. Señal es de gran cobardía acometer a los menores y a los que poco pueden. Las sucias moscas nunca pican sino a los bueyes flacos. Si aquélla que allí está en aquella cama me hubiese a mí creído, jamás quedaría esta casa de noche sin varón ni dormiríamos a lumbre de pajas; pero por aguardarte, por serte fiel, padecemos esta soledad.

SEMPRONIO.—Vieja avarienta, garganta muerta de sed por dinero, ¿no quedas contenta con la mitad de lo ganado?

CELESTINA.—¿Qué mitad? Vete con Dios de mi casa, no des voces, no allegue la vecindad. No quieras que salgan a la plaza las cosas de Calisto y las tuyas.

SEMPRONIO.—¡Da voces o gritos, que tú cumplirás lo que prometiste o se cumplirán hoy tus días!

CELESTINA.—¡Justicia, justicia! ¡Señores vecinos! ¡Justicia, que me mata en mi casa este rufián!

SEMPRONIO.—¿Rufián? Espera, doña hechicera, que yo te haré ir al infierno con cartas.

La apuñala repetidas veces.

CELESTINA.—¡Ay, que me ha muerto! ¡Ay, ay! ¡Confesión, confesión!

Cae Celestina muerta. Se oye ruido fuera. Mira Sempronio por una imaginaria ventana.

SEMPRONIO.—He de huir, que carga mucha gente. ¡Guarte, guarte, que viene el alguacil! Saltaré por esta ventana, no muera en poder de justicia.

Se va Sempronio saltando por una imaginaria ventana y se oye un alarido dentro. Oscuro.

Escena XIII

Sale Calisto en su casa.

CALISTO.—¡Sempronio, Sempronio! ¿Dónde estás? ¡Oh, qué grita suena en el mercado! ¿Qué es esto? Alguna justicia se hace o madrugaron a correr toros. De allá viene Sosia. Él me dirá. Desgreñado viene el bellaco. En alguna taberna debe de haberse revolcado. Parece que viene llorando.

Sale Sosia, que es el mismo actor que hizo Sempronio.

CALISTO.—¿Qué es esto, Sosia? ¿Por qué lloras? ¿De dónde vienes?

SOSIA.—¡Malaventurado yo! ¡Y qué pérdida tan grande! ¡Qué mal día amaneció éste!

CALISTO.—¿Qué es? ¿Qué te quejas? ¿Qué mal es éste?

SOSIA.—Sempronio...

CALISTO.—¿Qué dices de Sempronio? ¿Qué es esto, loco? Aclárate más, que me turbas.

SOSIA.—...queda degollado en la plaza.

CALISTO.—¡Válgame Dios! ¿qué es lo que me dices? No sé si te crea tan acelerada y triste nueva. ¿Lo viste tú?

SOSIA.—Yo lo vi.

CALISTO.—Cata, mira qué dices, que esta noche ha estado conmigo.

SOSIA.—Pues madrugó a morir.

CALISTO.—¡Mi leal criado, mi gran servidor, mi fiel secretario y consejero! ¿Puede ser tal cosa verdad? ¡Amenguado Calisto, deshonorado quedas para toda tu vida! ¿Qué será de ti, muerto tal criado? Dime por Dios, Sosia, ¿qué fue la causa? ¿que decía el pregón? ¿qué justicia lo hizo?

SOSIA.—Señor, el cruel verdugo publicaba la causa de su muerte a voces, diciendo: «manda la justicia que muera el violento matador».

CALISTO.—¿A quién mató tan presto? ¿Qué puede ser esto? No ha cuatro horas que se despidió de mí. ¿Cómo se llamaba el muerto?

SOSIA.—Señor una mujer era, que se llamaba Celestina.

CALISTO.—¿Qué me dices?

SOSIA.—Esto que oyes.

CALISTO.—Pues si eso es verdad, márame tu a mí; yo te perdono, que más mal hay del que viste, si Celestina es la muerta.

SOSIA.—Ella misma es. De más de diez estocadas la vi llagada, tendida en su casa, llorándola una su criada.

CALISTO.—¡Triste mozo! ¿Cómo iba? ¿Te vio? ¿Te habló?

SOSIA.—Señor, si lo vieras, se te partiría el corazón de dolor. Llevaba quebrados entrambos brazos y la cara magullada, lleno de sangre, pues saltó de unas ventanas muy altas al huir. Y así casi muerto le cortaron la cabeza, que creo que ya no sintió nada.

CALISTO.—Pues yo bien siento mi honra. ¡Pluguiera a Dios que fuera yo él y perdiera la vida y no la honra y no la esperanza de conseguir mi comenzado proposito! Mi triste nombre y fama, ¿cómo andarás al tablero de boca en boca? Mis secretos más secretos, cuán públicos andaréis por las plazas y mercados. ¿Qué será de mí? ¿Adónde iré? Si salgo allá, a los muertos no podré remediar; si me quedo aquí, parecerá cobardía. ¿Qué consejo tomaré? Dime, Sosia, ¿qué era la causa por la que la mató?

SOSIA.—Señor, aquella su criada, dando voces, llorando su muerte, la publicaba a cuantos la querían oír diciendo que porque no quiso partir con él una cadena de oro que *tú* le diste.

Calisto lo mira horrorizado.

Oscuro.

Escena XIV

Sale Melibea paseando y hablando consigo misma.

La iluminación sugiere un huerto de noche.

MELIBEA.—Mucho se tarda aquel caballero que espero. Los ángeles sean en su guarda, su persona esté sin peligro. Muchas cosas le podrían acaecer desde su casa acá. ¿Quién sabe si él, con voluntad de venir al prometido plazo en la forma que los tales mancebos a las tales horas suelen andar, no se topó con los alguaciles nocturnos que sin conocerle le han acometido; y él, por defenderse, los ofendió o fue de ellos ofendido. O quizás los ladrones perros con sus crueles dientes, que ninguna diferencia saben hacer ni acatamiento de personas, le hayan mordido. O tal vez ha caído en alguna calzada u hoyo, de donde algún daño le viniese. Plega a Dios que ninguna de estas cosas sea. Pasos suenan en la calle y aun parece que hablan desotra parte del huerto.

CALISTO.— (*dentro*) Arrima esa escalera, Sosia, que éste es el mejor lugar, aunque esté alto.

SOSIA.— (*dentro*) Sube, señor. Yo iré contigo, porque no sabemos quién está dentro.

CALISTO.— (*dentro*) ¡Quédate, loco, que yo entraré solo!

Sale bajando por una escala Calisto.

MELIBEA.—¡Oh mi señor! No saltes de tan alto, que me moriré en verlo. Baja, baja poco a poco por la escala; no vengas con tanta presura.

Durante el diálogo que sigue hay un continuo forcejeo entre Calisto y Melibea, que cambiará según lo que diga cada uno.

CALISTO.—¡Angélica imagen, preciosa perla, ante quien todo el mundo es feo! ¡Mi señora y mi gloria! En mis brazos te tengo y no lo creo.

MELIBEA.—Señor mío, pues me fie en tus manos, pues quise cumplir tu voluntad, no quieras perderme por tan breve deleite y en tan poco espacio. Que las cosas mal hechas, después de cometidas, más presto se pueden reprehender que enmendar. Goza de lo que yo gozo, que es ver y llegar a tu persona. No pidas ni tomes aquello que, tomado, no será en tu mano devolver. Guárdate, señor, de dañar lo que con todos los tesoros del mundo no se restaura.

CALISTO.—Señora, si por conseguir esta merced he gastado toda mi vida, ¿cómo podré cuando me la dan desecharla? Ni tú, señora, me lo mandarás ni yo podría dejar de tomarla. No me pidas tal cobardía; ninguno que sea hombre lo haría. Mayormente si ama como yo. ¿Habiendo nadado por este fuego de tu deseo toda mi vida, quieres que no me arrime al dulce puerto?

MELIBEA.—Por mi vida, que aunque hable tu lengua cuanto quisiere no obren las manos cuanto pueden. Estate quedo, señor mío. Bástete, pues ya soy tuya, gozar de lo exterior; de lo que es propio fruto de amadores. No me quieras robar el mayor don que la natura me ha dado. Cata que del buen pastor es propio trasquilar sus ovejas y ganado, pero no destruirlo y estragarlo.

CALISTO.—¿Para qué, señora, impides mi pasión? ¿Para hacerme penar de nuevo? ¿Para tornar al juego del comienzo? Perdona, señora, a mis desvergonzadas manos, que jamás pensaron tocar tu ropa y ahora gozan de llegar a tu gentil cuerpo y lindas y delicadas carnes.

Calisto se la lleva en brazos dentro.

Oscuro.

Escena XV

Salen Melibea y Calisto. Ella desmelenada.

MELIBEA.—¡Mi vida y mi señor! ¿Cómo has querido que pierda el nombre y corona de virgen por tan breve deleite? ¡Oh pecadora de mi madre! Si de tal cosa fueses sabidora, ¿cómo tomarías de grado tu muerte y me la darías a mí por fuerza! ¡Cómo serías cruel verdugo de tu propia sangre! ¡Oh mi padre honrado! ¡Cómo he dañado tu fama y dado causa y lugar a quebrantar tu casa! ¡Oh traidora de mí! ¿Cómo no miré primero el gran yerro que seguía de tu entrada y el gran peligro que esperaba?

Se oyen tres campanadas.

CALISTO.—¿Ya quiere amanecer? ¿Qué es esto? No me parece que hace una hora que estamos aquí y da el reloj las tres.

MELIBEA.—Señor, por Dios, pues ya no puedes negar mi amor, no me niegues tu vista pasando de día por mi puerta y viéndome de noche donde tú ordenares. Sea tu venida por este secreto lugar a la misma hora. Y por el presente, vete con Dios, que no serás visto, pues hace muy oscuro. Ni yo en casa sentida, que aún no amanece.

CALISTO.—Sosia, pon el escala.

SOSIA.— (*dentro*) Señor, vesla bajar aquí.

Sube Calisto por la escala y se va.

MELIBEA.—Aquel señor mío es ido; conmigo deja su corazón; consigo lleva el mío.

Se va Melibea.

Oscuro.

Escena XVI

Sale Melibea cantando en el huerto a la luz de la luna.

MELIBEA.— *¡Oh quién fuese la hortelana
de aquestas viciosas flores
por prender cada mañana,
al partir, a tus amores!
Vístanse nuevas colores
los lirios y el azucena,
derramen frescos olores
cuando entre por estrena.*

*Alegre es la fuente clara,
a quien con gran sed la vea;
mas muy más dulce es la cara
de Calisto a Melibea,
pues aunque más noche sea,
con su vista gozará.*

*¡Oh, cuando saltar le vea
qué de abrazos le dará!
Saltos de gozo infinitos
da el lobo viendo ganado;
con las tetas, los cabritos;
Melibea, con su amado.
Nunca fue más deseado
amado de su amiga
ni huerto más visitado
ni noche más sin fatiga.*

Se oye la voz de Calisto dentro.

CALISTO.— (*dentro*) Pon la escala y calla, que me parece que está cantando mi señora.

Aparece Calisto encaramado en lo alto.

CALISTO.— Encima de la pared estaré escuchando por ver si oigo alguna buena señal de mi amor en ausencia.

MELIBEA— (*canta*)

*Dulces árboles sombrosos,
humillaos cuando veáis
aquellos ojos graciosos
del que tanto deseáis.
Estrellas que relumbráis,
norte y lucero del día,
¿por qué no le despertáis
si duerme mi alegría?
Papagayos, ruiseñores
que cantáis al alborada,
llevad nueva a mis amores,
cómo espero aquí asentada.
La media noche es pasada
y no viene.
Sabedme si hay otra amada
que lo detiene.*

MELIBEA.—Mientras viene aquel señor pasearé entre estas verduricas para que no me oigan los que pasaren por la calle.

Salta Calisto de lo alto al tablado, o dejar caer de repente la escala y baja por ella.

MELIBEA.—¡Ah!

CALISTO.—Vencido me has con el dulzor de tu suave canto. No puedo más sufrir tu penado esperar. ¡Oh mi señora y mi bien todo!

MELIBEA.—¡Sabrosa traición, dulce sobresalto! ¿Es el señor de mi alma? No lo puedo creer. ¿Dónde estabas, luciente sol? ¿Dónde me tenías tu claridad escondida? ¿Hacía rato que escuchabas? ¿Por qué me dejabas echar palabras sin seso al aire con mi ronca voz de cisne? Este huerto todo se goza con tu venida. Mira la luna cuán clara se nos muestra. Mira las nubes cómo huyen. Oye la corriente agua de esta fontecica por entre las frescas hierbas. Escucha los altos cipreses cómo se dan la paz unos ramos a otros por intercesión de un templadico viento que los menea. Mira sus quietas sombras cuán oscuras están y aparejadas para encubrir nuestro deleite.

Tiende Calisto la capa en el tablado y se sientan los dos sobre ella.

CALISTO.—Pues, señora y gloria mía, no cese tu suave canto.

MELIBEA.—¿Qué quieres que cante, amor mío? ¿Cómo cantaré, que tu deseo era el que regía mi son y hacía sonar mi canto? Pues conseguida tu venida, desapareció el deseo y se destempló el tono de mi voz. Y pues tú, señor, eres el dechado de cortesía y buena crianza, ¿cómo mandas a mi lengua hablar y no a tus manos que estén quedas? ¿Por qué no olvidas estas mañas? Mándalas estar sosegadas y dejar su enojoso uso y conversación incomportable. Cata, ángel mío, que así como me es agradable tu vista sosegada, me es enojoso tu riguroso trato. Tus honestas burlas me dan placer, tus deshonestas manos me fatigan cuando pasan de la razón. Holguemos y burlemos de otros mil modos que yo te mostraré. No me destroces ni maltrates como sueles. ¿Qué provecho te trae dañar mis vestiduras?

CALISTO.—Señora, el que quiere comer el ave primero le quita las plumas.

MELIBEA.—Señor mío ¿quieres que mande a Lucrecia traer alguna colación?

CALISTO.—No hay otra colación para mí sino tener tu cuerpo y belleza en mi poder. Comer y beber se puede hacer por dinero donde uno quiera. Pero ¿cómo me mandas que me pase

un sólo momento sin gozar de lo no vendible, de lo que en toda la tierra no hay igual más que en este huerto? Jamás querría señora que amaneciese, según la gloria y descanso que mi sentido recibe de la noble conversación de tus delicados miembros.

MELIBEA.—Señor yo soy la que gozo; yo, la que gano. Tú, señor, el que me haces con tu visita incomparable merced.

SOSIA.— (*dentro*) ¿Así, bellacos rufianes, venís a asombrar a los que no os temen? Pues yo juro que si esperáis yo os hiciera ir como merecéis.

CALISTO.—Señora, Sosia es aquel que da voces. Déjame ir a valerle, no le maten. Dame presto mi capa, que está debajo de ti.

MELIBEA.—Triste de mi ventura, no vayas allá sin tus corazas. Ármate.

CALISTO.—Señora lo que no hacen espada, capa y corazón, no lo harán corazas.

SOSIA.—(*dentro*) ¿Aún tornáis? Esperadme, quiza venís por lana y...

CALISTO.—Déjame, por Dios, señora; que puesta está el escala.

Se va corriendo y sube a lo alto por ella.

MELIBEA.—¡Desdichada yo! Y ¿cómo vas tan recio y con tanta prisa y desarmado a meterte entre quien no conoces? ¡Lucrecia, ven presto acá, que es ido Calisto a un ruido!

SOSIA.—(*dentro*) ¡Tente, señor, no bajas, que idos son! Que no era sino Traso, el cojo, y otros bellacos que pasaban voceando. ¡Señor, tente, tente con las manos al escala!

Se oye gran ruido dentro y un alarido de Calisto

CALISTO.—¡Oh válgame Santa María! ¡Muerto soy! ¡Confesión!

SOSIA.—(*dentro*) Ah, el triste de mi amo es caído del escala y no habla ni se bulle.

MELIBEA.—¿Qué es esto que oigo? ¡Amarga de mí!

SOSIA.—(*dentro*) ¡Ah, mi señor y mi bien muerto! ¡Triste muerte sin confesion! ¡Oh día aciago!
¡Oh arrebatado fin!

MELIBEA.—¡Desconsolada de mí! ¿Qué es esto? Subiré por estas paredes, veré mi dolor; si no, hundiré con alaridos la casa de mi padre. Mi bien y placer todo es ido en humo. Mi alegría es perdida. Consumióse mi gloria. ¡Oh la más triste de las tristes! Tan tarde

alcanzado el placer, tan presto venido el dolor. Se llevan a mi bien todo. Muerta llevan mi alegría. No es tiempo de vivir. ¿Cómo no gocé más del gozo? ¿Cómo tuve en tan poco la gloria que tuve entre mis manos? ¡Oh ingratos mortales, jamás conocéis vuestros bienes sino cuando de ellos carecéis!

Permanece Melibea mirando a los espectadores mientras se vuelve a oír el planto de su padre.

VOZ DE PLEBERIO.—¡ Ah, mi gozo en el pozo! La que yo engendré, hecha pedazos. Más dignos eran mis sesenta años de la sepultura que sus veinte. Se turbó la orden del morir. Mejor gozara de mis canas la tierra que de sus rubios cabellos. ¿Para quién edificué torres? ¿Para quién adquirí honras? ¿Para quién planté árboles? ¿Para quién fabriqué navíos? ¡Oh mundo, yo pensaba en mi más tierna edad que eras y eran tus hechos regidos por algún orden, pero ahora me pareces un laberinto de errores, un juego de hombres que andan en corro! Nos cebas con el manjar de tus deleites y al mejor sabor nos descubres el anzuelo. Prometes mucho, nada cumples. ¡Oh hija mía!, ¿que haré cuando entre en tu cámara y la halle sola? ¿Qué haré cuando no me respondas si te llamo? ¡Oh amor, que no pensé que tenías fuerza ni poder de matar a tus sujetos! Herida fue de ti mi juventud. Por medio de tus brasas pasé. ¿Cómo me soltaste? Bien pensé que de tus lazos me había librado cuando los cuarenta años cumplí. No pensé que tomabas en los hijos la venganza de los padres. ¿Quién te dio tanto poder? ¿Quién te puso nombre que no te conviene? Si amor fueses, amarías a tus sirvientes. Pero tú eres la causa de todas nuestras desgracias. Dulce nombre te dieron, amargos hechos haces. Dios te llamaron algunos, pero Dios mata a los que crio y tú matas a los que te siguen. ¡Oh mi hija despedazada! ¿Por qué no quisiste que estorbase tu muerte? ¿Por qué no tuviste lástima de tu querida y amada madre? ¿Por qué te mostraste tan cruel con tu viejo padre? ¿Por qué me dejaste cuando yo te había de dejar? ¿Por qué me dejaste triste y solo en este valle de lágrimas?

Oscuro.